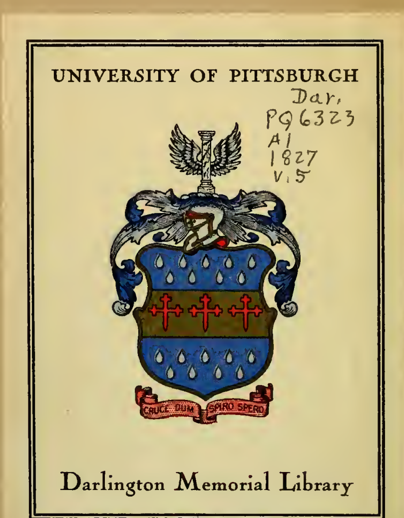

UNIVERSITY OF PITTSBURGH
Dar.
PQ6323
A1
1827
v.5
CRUCE DUM SPIRO SPERO
Darlington Memorial Library



EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

Se vende en la Librería de Cormon y Blanc,

En LYON, calle Sala, nº 30.

En PARIS, calle Montmartre, nº 167.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL CERVANTES DE SAAVEDRA.

TOMO V.



PARIS,
LIBRERÍA DE CORMON Y BLANC.

1827.

EL INGENIOSO HIDALGO 1496-2

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

CONTINUACION

DE LA SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO XXV.

Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

No se le cocia el pan á Don Quijote, como suele decirse, hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las armas. Fuele á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallole, y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: mas despacio y no en pie se ha de tomar el cuento de mis maravillas; déjeme vuesa merced, señor bueno,

acabar de dar recado á mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. No quede por eso, respondió Don Quijote, que yo os ayudaré á todo; y asi lo hizo, ahechándole la cebada y limpiando el pesebre; humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia, y sentándose en un poyo y Don Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al page, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir de esta manera: sabran vuesas mercedes que en un lugar, que está cuatro leguas y media de esta venta, sucedió que á un regidor de él, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle no fué posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos donde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasion mirarle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan uraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo mas escondido del monte: si quereis que volvamos los dos á

buscarle dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me hareis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que estan enterados en la verdad de este caso. En resolucion, los dos regidores á pie y mano á mano se fueron al monte, y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo pues que no parecia, dijo el regidor que le habia visto, al otro: mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte: y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decis, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos. Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte. Á lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro

gran ingenio; y dividiéndose los dos segun el acuerdo, sucedió que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose, dijo el perdidoso: ¿ es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó ? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dijo el dueño que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre, que por el Dios que me crió que padeis dar dos rabuznos de ventaja al mayor rebuznador del mundo, porque el sonido que teneis es alto, los sostenidos de la voz á su tiempo y compas, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera de esta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré, en mas de aquí adelante y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decis. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes

como el que traemos entre manos no nos pueden servir otros, y aun en este plega á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Mas ¿ como habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos ? Y en viéndole dijo su dueño : ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno, pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el Abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncos se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar : todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos : y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando carami-

llos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado á tanto la desgracia de esta burla que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana ó esotro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto: y estas son las maravillas que dije que os habia de contar, y si no os lo han parecido no sé otras. Y con esto dió fin á su plática el buen hombre: y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestído de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo: señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dijo

el ventero, que aquí está el señor maese Pedro, buena noche se nos apareja. Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo, y el ventero prosiguió diciendo: sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro: ¿adonde está el mono y el retablo, que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza; sino que yo me he adelantado à saber si hay posada. Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio y con sola la costa me daré por bien pagado; y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió à salir de la venta. Preguntó luego Don Quijote al ventero que maese Pedro era aquel, y que retablo y que mono traia. Á lo que respondió el ventero: este es un famoso titirero que ha muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon enseñando un retablo de Melisendra libertada por el famoso Don Gayféros, que es una de las mejores y mas bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto: trae asimismo consigo un mono de la mas rara habilidad que se

vió entre monos ni se imaginó entre hombres, porque si le preguntan algo está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oido le dice la respuesta de le que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que estan por venir: y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él despues de haberle hablado al oido: y asi se cree que el tal maeso Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y bon compaño; y dase la mejor vida del mundo: habla mas que seis y bebe mas que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo. En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara: y apenas le vió Don Quijote cuando le preguntó: dígame vuesa merced, señor adivino. ¿ que peje pillamo? ¿ que ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que se los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo: señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que estan por venir: de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto arrus, dijo Sancho, no dé yo

un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿ quien lo puede saber mejor que yo mismo ? y pagar yo porque me digan lo que sé seria una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo ¿ que hace ahora mi muger Teresa Panza y en que se entretiene ? No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo : no quiero recibir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios, y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oido daba diente con diente muy apriesa, y habiendo hecho este ademan por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fué maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quijote, y abrazándole las piernas dijo : estas piernas abrazo, bien asi como si abrazara las dos colunas de Hércules, ¡ ó resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería ! ¡ ó no jamas como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados ! Quedó pasmado Don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo y los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo : y tú, ó buen Sancho Panza, el mejor escudero del mejor caballero del mundo, alégrate que

tu buena muger Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por mas señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porque de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser zelosa no la trocara yo por la giganta Andandona, que segun mi señor fué una muger muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos. Ahora digo, dijo á está sazon Don Quijote, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto porque ¿ que persuasion fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos ? porque yo soy el mismo Don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al Cielo que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dijo el page, preguntara al señor mono que me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. Á lo que respondió maese Pedro (que ya se habia levantado de los pies de Don Quijote): ya he dicho que esta bestezuela no responde á lo por venir, que si respondiera no importara no haber dineros, que

por servicio del señor Don Quijote, que está presente, dejara yo todos los interesesdel mundo, y ahora porque se lo debo y por darle gusto quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos estan en la venta sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fué hecho. Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase, ni las de por venir ni las pasadas cosas: y asi en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró Don Quijote con Sancho á un rincon de la caballeriza, donde sin ser oidos de nadie le dijo: mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio: ¿ pero de que provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios ? No me entiendes, Sancho; no quiero decir sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer; y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende: y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á los cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede

extender á mas : que las por venir no las sabe sino es por conjeturas y no todas veces, que á solo Dios esta reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir, que todo es presente : y siendo esto asi, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado como no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quien adivina, porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España; que no hay mugercilla, ni page, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, come si fuera una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo, que preguntó á uno de estos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenia, se empreñaria y pariria, y cuantos y de que color serian los perros que pariese. Á lo que el señor judiciario, despues de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaria y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia, ó de la noche, y que fuese en lúnes ó en sábado; y lo que sucedió fué que de allí á dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado

en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los mas levantadores. Con todo eso querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á maese Pedro, preguntase á su mono si es verdad lo que á vuese merced le pasó en la cueva de Montesínos; que yo para mí tengo, con perdon de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo menos cosas soñadas. Todo podria ser, respondió Don Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé que de escrúpulo. Estando en esto llegó maese Pedro á buscar á Don Quijote y decirle que ya estaba en órden el retablo, que su merced viniese á verle, porque lo merecia. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesínos habian sido soñadas ó verdaderas: porque á él le parecia que tenian de todo. Á lo que maese Pedro sin responder palabra volvió á traer el mono, y puesto delante de Don Quijote y de Sancho dijo: mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesínos, fueron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oido, dijo luego maese Pedro: el mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisími-

les : y que esto es lo que sabe y no otra cosa en cuanto á esta pregunta ; y que si vuesa merced quisiere saber mas, que el viérnes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viérnes, como dicho tiene. ¿No lo decia yo dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? Los sucesos lo diran, Sancho, respondió Don Quijote, que el tiempo descubridor de todas las cosas no deja ninguna que no la saque á la luz del sol aunque esté escondida en los senos de la tierra, y por ahora baste esto y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Como alguna? respondió maese Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo : dígole á vuesa merced, mi señor Don Quijote, que es una de las cosas mas de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis*; y manos á la labor que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar. Obedeciéronle Don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas que le hacian vistosa y resplandeciente. En llegando, se metió maese Pedro dentro de él, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se

puso un muchacho criado del maese Pedro para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo : tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian. Puestos pues todos cuantos habia en la venta, algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados Don Quijote, Sancho, el page y el primo en los mejores lugares, el trujaman comenzó á decir lo que oirá y verá el que oyere ó viere el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.

CALLARON todos Tirios y Troyanos: quiero decir pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas; cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho y dijo: esta verdadera historia que aquí á vuesas mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las crónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor Don Gayféros á su esposa Melisendra, que estaba cautíva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que asi se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuesas mercedes allí como está jugando á las tablas Don Gayféros, segun aquello que se canta:

Jugando está á las tablas Don Gayféros,
ue ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personage que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual mohino de ver el ocio y descuido de su yerno le sale á reñir: y adviertan la vehemencia y ahinco con que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió y muy bien dados: y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo: harto os he dicho, miradlo. Miren vuesas mercedes tambien como el emperador vuelve las espaldas y deja despechado á Don Gayféros, el cual ya ven como arroja, impaciente de cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y à Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y como Don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone: pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra; y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre que parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza i que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcon

parece vestida á lo moro es la sin par Meliscndra, que desde allí muchas veces se ponia à mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿ No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Meliscndra? Pues miren como le da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambiea como aquel grave moro, quo está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detras: y veis aquí donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba, y estese, como entre nosotros. Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazoñ Don Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metais en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio menester

son muchas pruebas y repruebas. Tambien dijo maese Pedro desde dentro: muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos que se suelen quebrar de sutiles. Yo lo haré asi, respondió el muchacho; y prosiguió diciendo: esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la misma de Don Gayféros, á quien su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo creyendo que es algun pasagero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice:

Caballero, si á Francia ides,
por Gayféros pregnntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver como Don Gayféros se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al

suelo. Pero veis como el piadoso Cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gayféros, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella y mal de su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y le manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas de modo que los cruce en el pecho, porque no se cayga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Id en paz, o par sin par de verdaderos amantes, lleguéis á salvamento á vuestra deseada patria sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viage: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro y dijo: llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo: no faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con que prie-

sa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eso no, dijo á esta sazon Don Quijote, en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sins atabales y un género de dulzainas, que parecen nestras chirimias, y esto de sonar campanas en Sansueña sin duda que es un gran disparate. Lo cual oido por maese Pedro cesó el tocar y dijo : no mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo que no se le halle. ¿ No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates. y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan no solo con aplauso sino con admiracion y todo ? Prosigue, muchacho, y deja de decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente mas impropiedades que tiene átomos el sol. Asi es la verdad, replicó Don Quijote; y el muchacho dijo : miren cuanta y cuan lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuantas trompetas que suenan, cuantas dulzainas que tocan, y cuantos atabales y atambores que retumban : témome que los han de alcanzar. y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo.

Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto

estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian, y levantándose en pie, en voz alta dijo : no consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como Don Gayféros : deteneos, mal nacida canalla, no le sigais ni persigais, si no conmigo sois en batalla; y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á aquel; y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces maese Pedro diciendo : deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta : mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todos sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de

los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta: temió el primo, acobardóse el page, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegose un poco Don Quijote y dijo: quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer de cuanto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren si no me hallara yo aquí presente que fuera del buen Don Gayféros y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dijo á esta sazon con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey Don Rodrigo:

Ayer fuí señor de España,
y hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mia.

No ha media hora, ni aun un mediano momento que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y

ahora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono; que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada de este señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa, que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen mas levantados sus asientos: en fin el Caballero de la Triste figura habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias. Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole: no llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazon, porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravió, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye. Asi es, dijo Don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. ¿Como no? respondió maese Pedro, ¿y estas reliquias que estan por este duro y estéril suelo, quien las esparció y aniquiló sino la fuerza invencible de ese poderoso brazo? y cuyos eran sus cuer-

pos sino mios? y con quien me sustentaba yo sino con ellos? Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creido, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me ois, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra, Don Gayféros Don Gayféros, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante quise dar ayuda y favor á los que huian, y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me ha salido al reves, no es culpa mia sino de los malos que me persiguen, y con todo esto de este mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinósele maese Pedro diciéndole: no esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa

merced y mí de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que asi lo harian; y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo : ya se ve cuan imposible es volver á este rey á su ser primero, y asi me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo Don Quijote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiese la partida y señálensele cinco reales. Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote, que no está en un cuartillo mas ó menos la monta de esta notable desgracia, y acabe presto maese Pedro, que se hace de cenar y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedis. Aun ahí seria el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban, á mí me pareció que antes volaba que corria, y asi no hay para que venderme á mí el gato por liebre presentándome aquí á Melisendra

desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba y que volvia á su primer tema, no quiso que se le escapase, y asi le dijo: esta no debe de ser Melisendra sino alguna de las doncellas que la servian, y asi con sesenta maravedis que me den por ella quedaré contento y bien pagado. De esta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues moderaron los dos jueces árbitros con satisfacion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos, y ademas de esto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor Don Gayféros estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podria decir mejor que mi mono, dijo maeso Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cena-

ron en paz y en buena compañía á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya despues de amanecido se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el page, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quizo volver á entrar en mas dimes ni diretes con Don Quijote, á quien el conocia muy bien, y asi madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y su mono se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á Don Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho, le pagó muy bien por órden de su señor, y despidiéndose de él casi á las ocho del dia dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que asi conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion de esta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII.

Donde se da cuenta quienes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.

Entra Cide Hamete, coronista de esta grande historia, con estas palabras en este capítulo: « Juro como católico cristiano; » á lo que su traductor dice que el jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que asi como el católico cristiano cuando jura, jura ó debe jurar verdad y decirla en lo que dijere, asi él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de Don Quijote, especialmente en decir quien era maese Pedro, y quien el mono adivino que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice pues que bien se acordará el que hubiere leido la primera parte de esta historia, de aquel Gines de Pasamonte á quien entre otros galeotes dió libertad Don Quijote en Sierra Morena, beneficio que despues le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Pasamonte, á quien Don

Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el como ni el cuando en la primera parte por culpa de los impresores, ha dado en que entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de imprenta. Pero en resolucion Gines le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas; y despues le cobró Sancho como se ha contado. Este Gines pues, temeroso de ser hallado de la justicia que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales que él mismo compuso un gran volúmen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabia hacer por extremo. Sucedió pues que de unos cristianos ya libres, que venian de Berbería, compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal, se le subiese en el hombro y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar mas cercano, ó de quien él mejor podia, que cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á que personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual

unas veces era de una historia y otras de otra; pero todas alegres, regocijadas y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la señal al mono y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondiá de manera que las respuestas venian bien con las preguntas, y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese como adivinaba su mono, á todos hacia monas y llenaba sus esqueros. Asi como entró en la venta conoció á Don Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á Don Quijote y á Sancho Panza y á todos los que en ella estaban; pero hubierale de costar caro si Don Quijote bajara un poco mas la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono. Y volviendo á Don Quijote de la Mancha, digo que

despues de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las Justas. Con esta intencion siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vió al pie de ella, á su parecer, mas de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto y acercose al escuadron, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de los colores, y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una que en un estandarte ó giron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando: al rededor de él estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó Don Quijote que aquella gente debia de ser del pueblo del rebuzno, y asi se lo dijo á Sancho declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Díjole tambien que el que les habia dado noticia de aquel caso habia errado en decir que dos regidores habian sido los que rebuznaron, porque segun los versos del estandarte no habian sido sino Alcaldes. Á lo que respondió Sancho Panza: señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser Alcaldes de su pueblo, y asi se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto mas que no hace al caso ni á la verdad de la historia ser los rebuznadores Alcaldes ó Regidores, como ellos una por una hayan rebuznado, porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corria mas de lo justo y de lo que se debia á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos Don Quijote no con poca pesadunbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote alzando la visera con gentil brio y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los mas principales del ejército por verle, admirados con la admiracion acostumbrada en que

caian todos aquellos que la vez primera le mirabau. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio; y rompiendo el suyo alzó la voz y dijo :

Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada, que si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagais pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharian. Don Quijote con esta licencia prosiguió diciendo : yo, señores mios, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero sino es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traicion porque le reta. Ejemplo de esto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano porque ignoraba que solo Vellido Dólfos habia

cometido la traicion de matar á su rey ; y asi retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta ; aunque bien es verdad que el señor Don Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para que retar á los muertos, ni las aguas, ni los panes, ni á los que estaban por nacer, ni las otras menudencias que allí se declaran ; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija. Siendo pues esto asi, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para que salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es, porque bueno seria que se matasen á cada paso los del pueblo de la reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco mas á menos ; bueno seria por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen y anduviesen de continuo hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita ó quiera : los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera por defender la fe católica ; la segnda para defen-

der su vida, que es de ley natural y divina; la tercera en defensa de su honra, de su familia y hacienda: la cuarta en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. Á estas cinco causas como capitales se pueden agregar alguas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu, porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana: y asi no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Asi que, mis señores, vuesas mercedes estan obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse. El diablo me lleve, dijo á esta sazon Sancho entre sí, si este mi amo no es teólogo, y si no lo es que lo parece como un huevo

á otro. Tomó un poco de aliento Don Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio quiso pasar adelante en su plática, como pasara si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su amo se detenia, tomó la mano por él diciendo: mi señor Don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el caballero de la Triste figura, y ahora se llama el caballero de los Leones, es un hidalgo muy atentado, que sabe latín y romance como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y asi no hay mas que hacer sino dejarse llevar por lo que el dijere, y sobre mí si lo erraren: cuanto mas que ello se está dicho que es necedad correrse por solo oir un rebuzno, que yo me acuerdo cuando muchacho que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad que en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era envidiado de mas de cuatro de los estirados de mi pueblo no se me daba dos ardites: y porque se vea que digo verdad esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida. Y luego puesta la mano en las narices comenzó á rebuznar tan

reciamente que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacia burla de ellos, alzó un varapalo que en la mano tenia; y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa dió con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote, que vió tan malparado á Sancho, arremetió al que le habia dado, con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio que no fué posible vengarle, antes viendo que llovia sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazon á Dios que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y á cada punto recogia el aliento por ver si le faltaba; pero los del escuadron se contentaron con verle huir sin tirarle. Á Sancho le pusieron sobre su jumento, apénas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante sin el cual no se hallaba un punto. Alongado pues Don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vió que Sancho venia, y atendiole viendo que ninguno le seguia. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber

salido á la batalla sus contrarios se volviéron á su pueblo regocijados y alegres, y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPÍTULO XXVIII.

De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien las leyere si las lee con atencion.

Cuando el valiente huye, la superchería está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en Don Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio á los pies de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse Don Quijote para catarle las heridas; pero como le hallase sano de los pies á la cabeza, con asaz de cólera le dijo: tan en hora mala supisteis vos rebuznar, Sancho, ¿y donde hallasteis vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? Á música de rebuznos ¿que contrapunto se habia de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á Dios,

Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfange. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió Don Quijote: porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena fortuna que á su ánimo: y asi yo confieso que he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y de esto estan las historias llenas: las cuales por no serte á tí de provecho ni á mí de gusto no te las refiero ahora. En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de Don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecia. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos, y preguntándole Don Quijote la causa de tan amargo sentimento, respondió, que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro le dolia de manera que le sacaba de sentido. La causa de ese dolor

debe de ser sin duda, dijo Don Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todos esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mí ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decírme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el porque me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. Á la fe, señor nuestro amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo, porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas despues me saldran á los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida) harto mejor haria yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi muger y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo

peor. Pues tomadme el dormir : contad, hermano escudero, siete pies de tierra, y si quisiéredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la audante caballería, ó á lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados : de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno de ellos les tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto mas que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo Don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias : y si tanto deseais volveros á vuestra casa con vuestra muger é hijos, no permita Dios que yo os lo impida : dineros teneis mios, mirad cuanto ha que esta tercera vez salímos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes ; y pagaos de vuestra mano. Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos

ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador, que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido despues que ha que sirvo á vuesa merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas ya de arroyos ya de fuentes, de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dijo Don Quijote, que todo lo que decis, Sancho, sea verdad: ¿cuanto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomé Carrasco? Á mi parecer, dijo Sancho, con dos reales mas que vuesa merced añadiese cada mes me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos

serian treinta. Está muy bien, replicó Don Quijote, y conforme al salario que vos os habeis señalado, veinte y cinco dias ha que salímos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos como os tengo dicho de vuestra mano. ¡Ó cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se ha de contar desde al dia que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. ¿Pues que tanto ha, Sancho, que os lo prometí? dijo Don Quijote. Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber veinte años, tres dias mas ó menos. Dióse Don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas sino dos meses apénas, ¿y dices, Sancho, que ha veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio, y si esto es asi y tú gustas de ello, desde aquí te le doy y buen provecho te haga, que á trueco de de verme sin tan mal escudero holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿donde has visto tú, ó leido, que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto

mas tanto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Éntrate, éntrate, malandrin, follon y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate digo por el *mare magnum* de sus historias, y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar mas adelante conmigo. ¡Ó pan mal conocido! ó promesas mal colocadas! ó hombre que tienes mas de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que á pesar de tu muger te llamaran señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tu has dicho otras veces no es la miel, etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que antes llegará ella á su último término que tú caygas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á Don Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: señor mio, yo confieso que para ser del todo asno, no me falta mas de la cola, si vuesa merced quiere ponér-

mela, yo la daré por bien puesta y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. — Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis pomesas, que aunque se tarda no se imposibilita. Sancho respondió que sí haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguiéron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les succdió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPITULO XXIX.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda llegaron Don Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en el la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesínos, que puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á la verdaderas que á las mentirosas, bien al reves de Sancho que todas las tenia por la misma mentira. Yendo pues de esta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un arból que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que

á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote: has de saber Sancho, que este barco que aquí está derechamente y sin poder ser otra cosa contraria, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero ó à otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita, porque este es estilo de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado de él sino por la mano de otro caballero, puesto que esten distantes el uno del otros dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los aires, ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: asi que, ó Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto, y esto es tan verdad como es ahora de dia, y antes que este se pase ata juntos el rucio y Rocinante, y á la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos. Pues asi es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos que no sé si los llame disparates, no hay sine obedecer y bajar la cabeza, aten-

diendo al refran que dice : haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia quiero advertir á vuesa merced, que á mí me parece que este tál barco no es de los encantados; sino de algunos pescadores de este rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria á ellos por tan longincuos caminos y regiones tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de longincuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longincuos, respondió Don Quijote, quiere decir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latin como algunos que presumen que le saben y le ignoran. Ya estan atados, replicó Sancho ¿ que hemos de hacer ahora ? ¿ Que ? respondió Don Quijote : santiguarnos y levar ferro, quiero decir embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado : y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco à poco de la ribera, y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena que el

oír roznar el rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse, y díjole á su señor: el rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Ó carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia. Y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote mohino y colérico le dijo: ¿de que temes, cobarde criatura? ¿de que lloras, corazon de mantequillas? ¿quien te persigue, ó quien te acosa, ánimo de raton casero? ó que te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿por dicha vas caminando á pie y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas ó ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado aunque ó yo sé poco ó ya hemos pasado, ó pasarémos presto por la línea equinocial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho ¿cuanto habremos caminado? Mucho, replicó Don Quijote, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua

y de la tierra, segun el cómputo de Tolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho. Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto, y gafo, con la añadidura de meon ó meo, ó no sé como. Riose Don Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Tolomeo, y díjole : sabras, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir á las Indias orientales, una de la señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallaran si le pesan á oro : y asi puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos de esta duda y si no pasado habemos. Yo no creo nada de eso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para que hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde estan las alemañas dos varas, porque allí estan Rocinante y el rucio en el propio lugar donde los dejámos, y tomada la mira como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion

que te he dicho y no te cures de otra, que tú no sabes que cosa sean coluros líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre, que si todas estas cosas supieras, ó parte de ellas, vieras claramente que de paralelos hemos cortado, que de signos visto, y que de imágenes hemos dejado atras y vamos dejando ahora: y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás mas limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentose Sancho, llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza y miró á su amo y dijo: ó la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas. ¿ Pues que, preguntó Don Quijote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho, y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el rio, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua blanda entonces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban, y apénas las hubo visto Don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho: ves allí, ó amigo, se decubre la ciudad, castillo, ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta, ó

princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traido. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas que estan en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dijo Don Quijote, que aunque parecen aceñas no lo son: y ya te he dicho que todas las cosas trastuecan y mudan de su ser natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos de ellos con varas largas á detenerle, y como salian enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: demonios de hombres ¿donde vais? ¿venis desesperados? ¿que, quereis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? ¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazon Don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á donde llega el valor de mi brazo? Mira que de malandrines y follones me salen al encuentro, mira cuantos vestiglos se me oponen, mira cuantas feas cataduras nos hacen cocos;

pues ahora lo vereis, bellacos; y puesto en pie en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles: canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado el caballero de los Leones por otro nombre, á quien está reservado por órden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura. Y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho Panza de rodillas pidiendo devotamente al Cielo le librase de tan manifiesto y grande peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornarle, y dar con Don Quijote y con Sancho al traves en el agua; pero vínole bien á Don Quijote que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces, y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron como en peso á entrambos allí habia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de ro-

dillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y viéndole roto acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase : el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaria el barco de bonísima gana con condicion que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Que personnas ó que castillo dices, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿ quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas ? Basta, dijo entre sí Don Quijote, aquí será predicar en desierto, querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna : y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al traves : Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo mas : y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas : amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita : para otro caballero debe de estar

guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo : á dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á donde se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decia; y teniéndolos por locos los dejaron y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quijote y Sancho; y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPÍTULO XXX.

De lo que le avino á Don Quijote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que de él se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo y se apartaron del famoso rio, Don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estaba bien lejos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las mas, eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al reves de lo que él temia. Sucedió pues que otro dia al poner del sol y al salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último de él vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse mas, y entre ellos

vió á una gallarda señora sobre un palafren, ó hacanea blanquísima adornada de guarniciones verdes y con un sillon de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde tan bizarra y ricamete, que la misma bizarría venia transformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquella alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dijo á Sancho: corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafren y del azor que yo él caballero de los Leones beso las manos, á su gran hermosura, y que si su grandeza me da licencia se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, como hablas, y ten cuenta de no encajar algun refran de los tuyos en tu embajada. Hallado os le habeis el encajador, respondió Sancho: á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder. Asi es verdad, respondio Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir que á mí no hay que decirme ni advertirme, de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo Don Quijote, ve en buena hora y

Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso el rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy su escudero, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal caballero de los Leones, que no ha mucho que se llamaba el de la Triste figura, envia por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácitó y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altaneria y hermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden: levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho admirado, asi de la hermosura de la buena señora como de su mucha crianza y cortesía, y mas de lo que le habia dicho, que

tenia noticia de su señor el caballero de la Triste figura, y que si no le habia llamado el de los Leones debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntole la duquesa (cuyo título aun no se sabe): decidme, hermano escudero, ¿ este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia, que se llama del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna, quiero decir que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo y mucho, dijo la duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor que él sea el bien venido á estos mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha hermosura, su gran donaire y cortesía. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos: acomodose la visera, arremetió Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la duquesa, la cual haciendo llamar al duque su marido, le contó, en tanto que Don Quijote llegaba toda la embajada suya, y los dos por haber leido la pri-

mera parte de esta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendian, con presupuesto de seguirle él humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbrados en los libros de caballerías que ellos habian leido, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó Don Quijote alzada la visera, y dande muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado que al apearse del ruoio se le asió un pie en una soga del albarda, de tal modo que no fuê posible desenredarle, antes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no teeia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenérsele, dscargó de golpe el cuerpo y llevose tras sí la silla de Rooinante, que debia da estar mal cinchado, y la silla y él viniéron al suelo, no sin vergüenza suya y de múchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenia el pie en la cormr. El Duque mandó á sus cazadores que ocudiesen al caballero y al escudero, los ouales levantáron á Don Quijote maltrecho de la caida, y ranqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, antes

apeándose de su caballo fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole: á mí me pesa, señor caballero de la Triste figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió Don Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caida no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malícias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, cardo ó levantado, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía. Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha, dijo el duque, que adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese, dijo: no se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir que esta que llaman naturaleza es como un alcaller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso tambien

puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volviose Don Quijote á la duquesa y dijo: vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero mas hablador ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. Á lo que respondió la duquesa: de que Sancho el bueno sea gracioso le estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí lè confirmo por discreto. Y hablador, añadió Don Quijote. Tanto que mejor, dijo el duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras: y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran caballero de la Triste figura..... De los Leones ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay Triste figura. El seguio sea el de los Leones, prosiguió el duque: digó que venga el señor caballero de los Leones á un castillo mio que esta aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla

á Rocinante, y subiendo en él Don Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron á la duquesa en medio y se encaminaron al castillo. Mandó la duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejiose entre los tres, é hizo cuarto en la conversacion con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y asi tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta pues la historia que antes que á la casa de placer ó castillo llegasen, se adelantó el dnque y dió órden á todos sus criados del modo que habian de tratar á Don Quijote, el cual como llegó con la duquesa á las puertas del castillo, al instante saliéron de él dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta los pies de unas ropas que llaman de levantar de finísimo raso carmesí; y cogiendo á Don Quijote en brazos, sin ser oido ni visto, le dijeron : vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la duquesa. Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la duquesa, y no quiso descender ó bajar del

palafren sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin salió el duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces : bien sea venido la flor y nata de los caballeros andantes; y todos ó los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba Don Quijote ; y aquel fué el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él habia leido se trataban los tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio : se cosió con la duquesa y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la duquesa habia salido, y con voz baja le dijo: señora Gonzalez, ó como es su gracia de vuesa merced.... Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿ que es lo que mandais, hermano? Á lo que respondió Sancho : querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio :

vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trajo, tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas de esta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino « que damas curaban de él, y dueñas de su rocino, » y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocin del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar sino una higa. Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto menos. Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos: y esto dijo en voz tan alta que lo oyó la duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó, con quien las habia. Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que

me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que asi lo hicieron no se donde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la duquesa, mas que cuantas pudieran decirme; y hablando con Sancho le dijo: advertid, Sancho amigo, que doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle á persona mas caritativa que á la señora doña Rodriguez. Don Quijote que todo lo oia le dijo: ¡pláticas son estas, Sancho, para este lugar! Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del rucio y aquí hablé de él, y si en la caballeriza se me acordara allí hablara. Á lo que dijo el duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay culparle en nada: al rucio se le dará recado, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona. Con estos razonamientos gustosos á todos, sino á Don Quijote, llegaron á lo alto y entraron á Don Quijote en una sala adorna-

da de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pages, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que habian de tratar á Don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó Don Quijote despues de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado) reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo dijo que diesen la camisa á Sancho; y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó, y vistió la camisa, y viéndose solo con Sancho le dijo: dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? tiempos eran aquellos para acordarte del rucio? ó ¿señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes y que no descubras, la hilaza, de manera que caygan en la cuenta

de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de ti, que en tanto mas es tenido el señor cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demas hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos. No adviertes, angustiado de tí, y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo: huye, huye de estos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapie cae y da en truhan desgraciado: enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte, donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras do coserse la boca, ó morderse la lengua, antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por el se descubriria quien ellos eran. Vistiose Don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echose el manton de escarlata á cuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala adonde halló á las doncellas puestas en ala

tantas á una parte como en otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pages con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y magestad le llevaron á otra sala donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La duquesa y el duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico, de estos que gobiernan las casas de los príncipes; de estos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son; de estos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; de estos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables: de estos tales digo que debia de ser el grave religioso que con los duques salió á recibir á Don Quijote. Hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente cogiendo á Don Quijote en medio se fueron á sentar á la mesa. Convidó el duque á Don Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque el lo rehusó, las importunaciones del duque fueron tantas que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el duque y la duquesa á los dos lados. Á todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes hacian,

y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y Don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca de esto de los asientos. Apenas hubo dicho estas palabras Sancho cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que habia de decir alguna necedad. Miróle Sancho y entendióle, y dijo: no tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote: di lo que quisieres como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad que mi señor Don Quijote que está presente no me dejará mentir. Por mí, replicó Don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres; que yo no te iré á la mano, pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y remirado lo tengo, dijo Sancho, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dijo Don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del duque, dijo la duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto.

Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra señoría por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este. Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencia de Quiñones, que fué hija de Don Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se abogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor Don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balvastro el herrero... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador que por mentiroso, pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. — Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dijo la duquesa, por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis

manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazon el religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. Á menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho: y asi digo que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto y por mas señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque.... Por vida vuestra, hijo, dijo el eclesiástico, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca.... Gran gusto recibian los duques del digusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo asi, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de

cortes y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los ombros le hizo sentar por fuerza, diciéndole: sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera; y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traido fuera de propósito. Púsose Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno lo jaspeaban y se le parecian. Los señores disimularon la risa porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa á Don Quijote que nuevas tenia de la señora Dulcinea, y si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido á muchos. Á lo que Don Quijote respondió: señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido follones y malandrines le he enviado: ¿pero adonde la habian de hallar si está encantada y vuelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? No sé, dijo Sancho Panza: á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo, á lo menos en la ligereza y en el brincar, bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fe, señora duquesa, asi salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. ¡Habéisla

visto vos encantada, Sancho? preguntó el duque. Y como si he la visto, respondió Sancho, ¿pues quien diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debia de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leia el duque de ordinario, y él se lo habia reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque, le dijo: V. E., señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como V. E. quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á Don Quijote le dijo: y á vos, alma de cántaro, ¿quien os ha encajado en el celebro que sois caballero andante, y que venceis gigantes y prendeis malandrines? Andad enhorabuena y en tal se os diga: volveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En donde nora tal habeis vos hallado que hubo ni hay ahora ca-

balleros andantes? ¿Donde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo Don Quijote á las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo.... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.

CAPÍTULO XXXII.

De la respuesta que dió Don Quijote á su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos.

Levantado pues en pie Don Quijote, temblando de los piés á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: el lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa tienen y atan las manos de mi justo enojo: y asi por lo que he dicho como por saber que saben todos que las armas delos togados sou las mismas que las de la muger, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debia esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones santas y buenas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos el haberme reprehendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprehensiou, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bieu sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador sin mas ni

mas mentecato y tonto. Si no dígame vuesa merced, ¿por cual de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno de ella y de mi muger y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay mas sino á troche moche entrarse por las casas agenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algun pupilage, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos de él, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieron por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta inreparable; pero de que me tengan por sandío los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy y caballero he de morir si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambicion soberbia, otros por el de la adulacion servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo inclinado de mi estrella voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio

la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes, y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que de esto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes. Bien por Dios, dijo Sancho, no diga mas vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que ha habido en el mundo, ni los hay caballeros andantes, ¿que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? Sí soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntate á los buenos y serás uno de ellos, y soy yo de aquellos, no con quien naces sino con quien paces, y de los, quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor y ha muchos meses que ando por ese mundo adelante en su compañía,

y he de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar ni á mí ínsulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazon el duque, que yo en nombre del señor Don Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad. Híncate de rodillas, Sancho, dijo Don Quijote, y besa los pies á S. E. por la merced que te ha hecho. Hízolo asi Sancho, lo cual visto por el eclesiástico se levantó de la mesa mohino ademas, diciendo: por el hábito que tengo que estoy por decir que es tan sandio V. E. como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese V. E. con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprehender lo que no puedo remediar, y sin decir mas ni comer mas se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los duques, aunque el duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado. Acabó de reir y dijo á Don Quijote: vuesa merced, señor caballero de los Leones, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer de este, que aunque parece agravio no lo es en ninguna manera, porque asi como no agravian las mugeres no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe. Asi es, respondió Don Quijote, y la causa es que el que

no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mugeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse auuque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravío y la afrenta hay esta diferencia, como mejor V. E. sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta, el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo : está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada y dándole de palos pone mano á la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone y no le deja salir con su intencion, que es de vengarse : este tal queda agraviado; pero no afrentado, y lo mismo confirmará otro ejemplo : esta uno vuelto de espaldas, llega otro y dale de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza : este que recibió los palos recibió agravio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente : agraviado porque le dieron á traicion, afrentado porque el que le dió sustentó lo que habia hecho sin volver las espaldas y á pie quedo : y asi segun las leyes del maldito duelo yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mugere, ni pue-

den huir, ni tienen para que esperar; y lo mismo los constituidos en la sacra religion, porqué estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y asi aunque naturalmente esten obligados á defenderse, no lo estan para ofender á nadie: y aunque poco ha dije que yo podia estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta menos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: solo quisiera que esperara algun poco para darle á entender el error en que está, en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis ó uno de los infinitos de su linage, yo sé que no le fuera bien á su merced. Eso juro yo bien, dijo Sancho, cuchillada le hubieran dado que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada que tengo por cierto que si Reynaldos de Montalban hubiera oido estas razones al hombrecito: tapaboca le hubiera dado que no hablara mas en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera como escapaba de sus manos. Perecia de risa la duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso y por mas loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron del mismo parecer. Finalmen-

te Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas tohallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debia ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos lavar las barbas, y asi tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El duque y la duquesa, que de nada de esto eran sabidores, estaban esperando en que habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor Don Quijote esperaria. Hízolo asi, y quedó Don Quijote con la mas extraña figura, y mas para hacer reir

que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le veian con media vara de cuello mas que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenian los ojos bajos sin osar mirar á sus señores: á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á que acudir, ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á Don Quijote de aquella suerte. Finalmente la doncella del alguamanil vino, y acabáron de lavar á Don Quijote, y luego la que traia las toballas le limpió y le enjugó muy reposadamente, y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el duque, porque Don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente diciéndole: venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al duque como á Don Quijote; y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Despues se supo que habia jurado el duque que si á él no le lavaran como á Don Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habian enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavato-

rio, y dijo entre sí : válame Dios ¿ si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros? porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aunque si me las rapasen á navaja lo tendria á mas beneficio. ¿ Que decis entre vos, Sancho? preguntó la duquesa. Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros príncipes siempre he oido decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no lejía á las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos antes es gusto que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dijo la duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. Mirad, maestresala, dijo la duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho, y con esto se fué á comer y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los duques y Don Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería. La duquesa rogó á Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria,

la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la mas bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Suspiró Don Quijote oyendo lo que la duquesa le mandaba, y dijo: si yo pudiera sacar mi corazon y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque V. E. la viera en él toda retratada; pero ¿ para que es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los mios, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timántes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla? ¿ Que quiere decir demostina, señor Don Quijote? preguntó la duquesa, que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Retórica demostina, respondió Don Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retóricos del mundo. Asi es, dijo el duque, y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria gran gusto el señor Don Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo,

ella salga tal que le tengan envidia las mas hermosas. Si hiciera por cierto, respondió Don Quijote si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha le sucedió, que es tal que mas estoy para llorarla que para describirla, porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo los dias pasados á besarle las manos y á recibir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. ¡ Válame Dios ! dando una gran voz, dijo á este instante el duque ¿ quien ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo ? ¿ Quien ha quitado de él la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba ? ¿ Quien? respondió Don Quijote ¿ quien puede ser sino algun maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen ? esta raza maldita, nacida en el mundo para obscurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguídome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me persiguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren donde ven

que mas lo siento porque quitarle á un caballero andante su dama es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No hay mas que decir, dijo la duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quijote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, de ella se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió Don Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica: y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta al cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son, hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linage, á causa

que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfecion que en las hermosas humildemente nacidas. Asi es, dijo el duque; pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leido, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera de él, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linage no corre parejas con la Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras de este jaez de quien estan llenas las historias que vuesa merced bien sabe. Á eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado : cuanto mas que Dulcinea tiene un giron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro : que el merecimiento de una muger hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se extiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor Don Quijote, dijo la duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pie de plomo, y como suele decirse con la sonda en la mano, y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al duque mi señor si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive

hoy dia, y es hermosa y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero, como es el señor Don Quijote, la sirva, que es lo mas que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé que de ojeriza contra Sancho Panza: ese escrúpulo es que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, ahechando un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion, cosa que me hace dudar en la alteza de su linage. Á lo que respondió Don Quijote: señora mia, sabrá la vuestra grandeza que todas ó las mas cosas que á mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador envidioso; y como es cosa ya averiguada que todos ó los mas caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser herido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna: y asi cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podia llagar con

hierro, le levantó del suelo entre los brazos y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hérculesá Anteon, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la Tierra. Quiero inferir de lo dicho que podria ser que yo tuviese alguna gracia de estas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, dónde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas de encantamentos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca : y asi viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo : y asi creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada, se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de abechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba de esta verdad quiero decir á vuestras magnitudes como viniendo poco ha por el Toboso jamas pudo hallar los palacios de Dulcinea, y que otro dia habiéndola visto Sancho en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la dis-

crecion del mundo: y pues yo no estoy ni puedo estar encantado segun buen discurso, ella es la encantada y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo desconsolado hasta verla en su prístino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del ahecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida y de los hidalgos linages que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. Á buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que jamas sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaria con otro escudero aunque me diesen de añadidura una ciudad, y asi estoy en duda si será bien

enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se saldria con cualquiera gobierno, como el rey con sus alcabalas: y mas que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apénas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros, y no letrados que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que ha gobernar. Á este punto llegaban de su coloquio el duque, la duquesa y Don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir pícaros de cocina y otra gente menuda; y uno venia con un artesoncillo de agua que en el color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y

otro pícaro mostraba querérselas lavar. ¿Que es esto, hermanos? preguntó la duquesa ¿que es esto? ¿que quereis á ese buen hombre? ¿como? ¿y no considerais que está electo gobernador? Á lo que respondió el pícaro barbero: no quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el duque mi señor y el señor su amo. Si quiero, respondió Sancho con mucha cólera; pero querria que fuese con tohallas mas limpias, con lejía mas clara y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles y á mí con lejía de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas y no tengo necesidad de semejantes refrigerios, y el que se llegare á lavarme ni á tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales cirimonias y jabonaduras mas parecen burlas que agasajos de huéspedes. Perecida de risa estaba la duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho, pero no dió mucho gusto á Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada tohalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y asi haciendo una profunda reverencia á los duques, como que les pedia licencia para

hablar, con voz reposada dijo á la canalla; ola, señores caballeros, vuestras mercedes dejen al mancebo y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechas, y penantes búcaros: tomen mi consejo y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogiole la razon de la boca Sancho y prosiguió diciendo: no sino lléguense á hacer burla del mostrenco, que asi lo sufriré como ahora es de noche. Traygan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren de ellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces. Á esta sazon, sin dejar la risa, dijo la duquesa: Sancho Panza tiene razon en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y como él dice no tiene necesidad de lavarse, y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto mas que vosotros, ministros de la limpieza, habeis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personage y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas tohallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero en fin sois malos y mal nacidos, y no podeis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el ma-

estresala que venia con ellos, que la duquesa hablaba de veras, y asi quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron; el cual viéndose fuera de aquel, á su parecer sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la duquesa, y dijo: de grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha hecho no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy; hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna de estas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer, que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la duquesa, que habeis aprendido á ser cortes en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias ó cirimonias como vos decis: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad: levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el duque mi señor lo mas presto que pudiere os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué á reposar la siesta, y la du-

quesa pidió á Sancho que si no tenia mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandado, y fuese. El duque dió nuevas órdenes como se tratase á Don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPITULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta pues la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la duquesa, la cual con el gusto que tenia de oirle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentose, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la duquesa fué la que habló primero, diciendo: ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me absolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa; una de las cuales dudas es que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta

del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿ como se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló ahechando trigo, siendo todo burla y mentira y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? Á estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar y dijo: ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es que yo tengo á mi señor Don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanás no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magin me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ú ocho dias, que aun no está en historia; conviene á saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulci-

nea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la duquesa que le contase aquel encantamiento ó burla; y Sancho se lo contó todo del mismo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la duquesa: de lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oidos que me dice: pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo; y siendo esto asi, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿ como sabrá gobernar á otros ? Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa merced que hable claro ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias ha que habia de haber dejado á mi amo, pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo mas, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y asi es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon;

y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia, que magüer tonto se me entiende aquel refran de, por su mal le nacieron alas á la hormiga, y aun podria ser que se fuese mas ahina Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador: tan buen pan hacen aquí como en Francia: y de noche todos los gatos son pardos: y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado: y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno: y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero: y mas calientan cuatro varas de paño de Cuenca, que otras cuatro de limiste de Segovia: y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero: y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa que el del sacristan aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encojemos, ó nos hacen ajustar y encoger mal que nos pese, y á buenas noches: y torno á decir que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto y yo he oido decir que detras de la cruz está el diablo: y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Vamba

para ser rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los romances antiguos no mienten). Y como que no mienten, dijo á esta sazon Doña Rodriguez la dueña, que era una de las escuchantes, que un romance hay que dice que metieron al rey Rodrigo vivo en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dijo el rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen
p r do mas pecado habia.

Y segun esto mucha razon tiene este señor en decir que mas quiere ser labrador que rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes no por eso deja de ser caballero, y asi cumplirá la palabra de la prometida ínsula á pesar de la envidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando menos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno,

que con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que yo le encargo es que mire como gobierna á sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para que encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres, y á quien cuece y ámasa no le hurtes hogaza: y para mi santiguada que no me han de echar dado falso: soy perro viejo y entiendo todo tus tus, y sé despavilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato: dígolo porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos ni pie ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar, y podria ser que á quince dias de gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas de el que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dijo la duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco ha tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y mas que averiguada que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia debia de ser por estar encantada, toda fué invencion de alguno de los encantado-

res que al señor Don Quijote persiguen, porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho pensando ser el engañador es el engañado, y no hay poner mas duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos : y sepa el señor Sancho Panza que tambien tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y cuando menos nos pensemos la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesínos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mismo trage y hábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por solo mi gusto, y todo debió de ser al reves como vuesa merced, señora mia, dice, porque de mi ruin ingenio, no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuasion como la mia creyese una cosa tan fuera de todo término; pero, señora, no por esto será bien que

vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quijote, y no con intencion de ofenderle, y si ha salido al reves, Dios está en el cielo que juzga los corazones. Asi es la verdad, dijo la duquesa; pero dígame ahora, Sancho, que es esto que dice de la cueva de Montesínos; que gustaria saberlo. Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la duquesa dijo: de este suceso se puede inferir que pues el gran Don Quijote dice que vió allí á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos: verdad sea que la que yo ví fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué, y si aquella era Dulcinea, no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y direte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió, como si Sancho fuese algun quien-

quiera, y no fuese el mismo Sancho Panza el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que por lo menos es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir sino es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento: asi que no hay para que nadie se tome conmigo, y pues que tengo buena fama, y segun oí decir á mi señor, que mas vale el buen nombre que las muchas riquezas, encájenme ese gobierno y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero será buen gobernador Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la duquesa son sentencias catonianas, ó por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis*: en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana y cuando no la tengo, y cuando me lo dan por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un brindis de un amigo ¿que corazon ha de haber tan de mármol que no haga la razon? Pero aunque las calzo no las ensucio: cuanto mas que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino,

si dan por ella un ojo. Yo lo creo asi, respondió la duquesa, y por ahora váyase Sancho á reposar, que despues hablarémos mas largo, y darémos órden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos. ¿Que rucio es este? preguntó la duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio: y á esta señora dueña le rogué, cuando entré en este castillo tuviese cuenta con él, y azorose de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser mas propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Ó válame Dios, y cuan mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar! Seria algun villano, dijo doña Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido el las pusiera sobre el cuerno de la luna. Ahora bien, dijo la duquesa, no haya mas, calle doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y asi lo consentiria yo como darme de puñaladas: que

aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de mas que de menos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compas en la mano y con medido término. Llévele, dijo la duquesa, Sancho al gobierno y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense vuesa merced, señora duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y órden de hacer una burla á Don Quijote, que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan proprias y discretas que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPÍTULO XXXIV.

Que cuenta de la noticia que se tuvo de como se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas de este libro.

GRANDE era el gusto que recibian el duque y la duquesa de la conversacion de Don Quijote y la de Sancho Panza, y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesínos, para hacerle una que fuese famosa, pero de lo que mas la duquesa se admiraba, era que la simplicidad de Sancho fuese tanta que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio: y asi habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de Montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á Don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño: pero Don Quijote no se le quiso

poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia armose Don Quijote, vistiose Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quijote de puro cortés y comedido tomó la rienda de su palafren, aunque el duque no queria consentirlo, y finalmente llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podian oirse, asi por el ladrido de los perros como por el son de las bocinas. Apeose la duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos jabalíes. Apeose asimismo el duque y Don Quijote, y pusiéronse á sus lados: Sancho se puso detras de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algun desman, y apenas habian sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hácia ellos venia un desmesurado jabalí crujiendo

dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle Don Quijote: lo mismo hizo el duque con su venablo; pero á todos se adelantara la duquesa si el duque no se lo estorbara. Solo Sancho en viendo al valiente animal, desamparó al rucio y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes estando ya á la mitad de ella asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina sin poder llegar al suelo, y viéndose asi, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que los que le oian y no le veian creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos que se le pusieron delante, y volviendo la cabeza Don Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, viole pendiente de la encina y la cabeza abajo, y el rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió Sancho Panza sin ver al rucio, ni el rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Lle-

gó Don Quijote y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesole en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron el jabalí poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le llevaron como en señal de victoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden, y la comida aderezada, tan suntuosa y grande que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la duquesa de su roto vestido, dijo: si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo: yo no sé que gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
como Fabila el nombrado.

Ese fué un rey godo, dijo Don Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto que parece que no lo habia de ser, pues con-

siste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañais, Sancho, respondió el duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los reyes y príncipes, que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra, hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo: padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolucion es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos, y lo mejor que él tiene es que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es solo para reyes y grandes señores. Asi que, ó Sancho, mudad de opinion, y cuando seais gobernador ocupaos en la caza, y veréis como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: asi enhoramala andaria el gobierno. Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia. Plega

á Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que asi sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que el buen pagador no le duelen prendas, y mas vale el que Dios ayuda que el que mucho madruga: y tripas llevan pies, que no pies tripas: quiero decir que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no. Maldito seas de Dios y de todos sus Santos, Sancho maldito, dijo Don Quijote, y cuando será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores mios, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traidos tan á sazon y tan á tiempo cuanto lo dé Dios á él la salud, ó á mí, si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dijo la duquesa, puesto que son mas que los del comentador griego, no por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traidos y con mas sazon acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del verano;

pero un cierto claro obscuro, que trajo consigo, ayudó mucho á la intencion de los duques, y asi como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oidos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífanos, casi todos á un tiempo, tan continuo y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmose el duque, suspendiose la duquesa, admirose Don Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillon que en trage de demonio les pasó por delante, tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedia. Ola, hermano correo, dijo el duque ¿ quien sois? adonde vais? ¿ y que gente de guerra es la que por este bosque parece que atreviesa? Á lo que respondió el correo con voz horrísona y desenfadada:

yo soy el diablo, voy á buscar á Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo frances Montesínos á dar órden á Don Quijote de como ha de ser desencantada la tal señora. — Si vos fuerais diablo como decis y como vuestra figura muestra, ya hubierais conocido al tal caballero Don Quijote de la Mancha, pues le teneis delante, dijo el duque. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traygo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en Dios y en su conciencia: ahora, yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente. Llegó el demonio, sin apearse, encaminando la vista á Don Quijote y dijo: á tí el caballero de los Leones (que entre las garras de ellos te vea yo) me envia el desgraciado pero valiente caballero Montesínos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menester para desencartala, y por no ser para mas mi venida no ha de ser mas mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles

buenos con estos señores : y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno. Renovose la admiracion en todos, especialmente en Sancho y en Don Quijote : en Sancho en ver que á despecho de la verdad querian que estuviese encantada Dulcinea : en Don Quijote por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesínos : y estando elevado en estos pensamientos, el duque le dijo : ¿ piensa vuesa merced esperar, señor Don Quijote ? ¿ Pues no ? respondió él, aquí esperaré intrépido y fuerte si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oygo otro cuerno como el pasado, asi esperaré yo aquí como en Flándes, dijo Sancho. En esto se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien asi como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyose asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de la ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadiose á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí so-

naba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilíes agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores; la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle : pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la duquesa, la cual le recibió en ellas y á gran priesa mandó que se le echasen agua en el rostro. Hízose asi, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro perezosos bueyes todos cubiertos de paramentos negros : en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan larga que le pasaba de la cintura; su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros que Sancho habiéndolos visto una vez cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues

el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dijo: yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin hablar mas palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese; con voz no menos grave que el otro, dijo: yo soy el sabio Alquife el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demas, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose en pie como los otros, dijo con voz mas ronca y mas endiablada: yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas: y luego no se oyó otro ruido sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo á buena señal, y asi dijo á la duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: señora, donde hay música no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la duquesa. Á lo que replicó Sancho: luz da el fuego, y claridad las hogueras como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos

abrasasen: pero la música siempre es indicio de regocijo y de fiestas. Ello dirá; dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compas de la agradable música vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un disciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados, y los lados y encima de él ocupaban otros doce disciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente, y en un levantado trono venia sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacia si no rica á lo menos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no

llegaban á veinte ni bajaban de diez y siete: junto á ella venia una figura vestida de una ropa, de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías y luego la de las arpas y laudes que en el carro sonaban: y levantándose en pie la figura de la ropa la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte descarnada y fea, de que Don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó á decir de esta manera:

Yo soy Merlin, aquel que las historias
Dicen que tuve por mi padre al diablo,
(Mentira autorizada de los tiempos)
Príncipe de la mágica, y monarca
Y archivo de la ciencia zoroástrica,
Émulo á las edades y á los siglos,
Que solapar pretenden las hazañas
De los andantes bravos caballeros,
Á quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,
De los magos, ó mágicos continuo
Dura la condicion, áspera y fuerte,
La mia es tierna, blanda y amorosa
Y amiga de hacer bien á todas gentes.

En las cavernas lóbregas de Dite,
Donde estaba mi alma entretenida
En formar ciertos rombos y carácteres,
Llegó la voz doliente de la bella
Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia;
Y su transformacion de gentil dama
En rústica aldeana: condolíme,
Y encerrando mi espíritu en el hueco
De esta espantosa y fiera notomía,
Despues de haber revuelto cien mil libros
De esta mi ciencia endemoniada y torpe,
Vengo á dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, á mal tamaño.

Ó tú, gloria y honor de cuantos visten
Las túnicas de acero y de diamante,
Luz y farol, sendero, norte y guia
De aquellos que dejando el torpe sueño
Y las ociosas plumas, se acomodan
Á usar el ejercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas:

Á tí digo, ó varon, como se debe
Por jamas alabado, á tí valiente
Juntamente y discreto Don Quijote,
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho tu escudero
Se dé tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas
Al aire descubiertas, y de modo

Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores,
Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazon Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero asi daré yo tres, como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar : yo no sé que tienen que ver mis posaderas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros he yo, dijo Don Quijote, Don villano harto de ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pagados que no se os caygan á tres mil y trecientos tirones, y no me repliqueis palabra que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlin dijo : no ha de ser asi, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado : pero permítesele, que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad de este vapulamiento, puede dejar que se los dé agena mano aunque sea algo pesada. Ni agena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho; á mí no me ha de tocar alguna mano.

¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pie la argentada ninfa que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció mas que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo: ó malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladron, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo, si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras; te persuadieran á que mataras á tu muger y á tus hijos con algun truculento y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de

todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, ó miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas de estos mios, comparados á rutilantes estrellas, y veraslos llorar hilo á hilo y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarron y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia, que aun se está todavía en el diez y..... de los años: pues tengo diez y nueve y no llego á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced muy señalada y particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron ese brio que á solo comer y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte ni reducirte á algun razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda

respuesta, ó para salirse por la boca ó para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta Don Quijote, y dijo, volviéndose al duque: por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta. ¿Que decis vos á esto, Sancho? preguntó la duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio. Abrenuncio, habeis de decir, Sancho, y no como decis, dijo el duque. Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sutilezas ni en letras mas á menos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querria yo saber de la señora mi señora doña Dulcinea del Toboso adonde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una tira mira de malos nombres que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce? ó vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Que canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que

dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro y halagarme para que yo me hiciese de lana y de algodon cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes: y habian de considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escudero sino un gobernador, como quien dice bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar, y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos: ni estan los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan agena de ello como de volverme cacique. Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el duque, que si no os ablandais mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolucion, Sancho, ó vos habeis de ser azotado ó os han de azotar, ó no habeis de ser gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término

para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dijo Merlin: aquí en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser de este negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesínos y á su prístino estado de labradora, ó ya en el ser que está será llevada á los Eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo. Ea, buen Sancho, dijo la duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor Don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo de esta azotaina, y váyase el diablo para diablo y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. Á estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: dígame vuesa merced, señor Merlin: cuando llegó aquí el diablo correo, dió á mi amo un recado del señor Montesínos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venia á dar órden de que la señora doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto á Montesínos ni á sus semejas. Á lo cual respondió Merlin: el diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco: yo le envié en busca de vuestro amo, pero con recado de Montesínos sino mio, porque Montesínos se está en su cueva, enten-

diendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar; si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisiéreis: y por ahora acabad de dar el sí de esta disciplina, y creedme que os será de mucho provecho asi para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis, para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos médicos hay en el mundo: hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho, pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con estas condiciones, que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura y belleza de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al reves de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion que no he de estar obligado á sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo se me han de tomar en cuenta. Iten que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los

que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea y vendrá á buscar como agradecida al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Asi que no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y Don Quijote se colgó del cuello de Sancho dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La duquesa y el duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los duques é hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venia á mas andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos

daban manifiestas señalcs que el dia que al aurora venia pisando las faldas habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo cou prosupuesto de segundar en sus burlas que para ellos no habia veras que mas gusto les diesen.

CAPÍTULO XXXVI.

Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su muger Teresa Panza.

TENIA un mayordomo el duque de burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, é hizo que un page hiciese á Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus señores ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la duquesa á Sancho otro dia si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que si, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la duquesa que con que se los habia dado. Respondió que con la mano. Eso: replicó la duquesa, mas es darse de palmadas que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos, ó de las de canelones, que se dejen sentir, porque la letra con sangre entra: y no se ha de dar tan

barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio. Á lo que respondió Sancho : deme vuestra señoría alguna disciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él como no me duela demasiado, porque hago saber á vuesa merced que aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodon que de esparto, y no será bien que yo me descric per el provecho ageno. Sea en buena hora, respondió la duquesa : yo os daré mañana una disciplina que os venga muy al justo y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. Á lo que dijo Sancho : sepa vuestra alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi muger Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté de ella : aquí la tengo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobre escrito : querria que vuestra discrecion la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo al modo que deben de escribir los gobernadores, ¿Y quien la notó? preguntó la duquesa. Quien la habia de notar sino yo, pecador de mí, respondió Sancho. ¿Y escribístesla vos? dijo la duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho : porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la duquesa, que á buen seguro que vos mostreis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una

carta abierta del seno, y tomándola la duquesa vió que decia de esta manera.

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA SU MUGER.

« Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba : si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mia, por ahora, otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar á gatas. Muger de un gobernador eres, mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envio un vestido verde de cazador que me dió mi señora la duquesa, acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. Don Quijote mi amo, segun he oido decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesínos, y el sabio Merlin ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres mil y trecientos azotes, menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás de esto nada á nadie, porque pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí á pocos dias me partiré al gobierno, adonde voy

con grandisimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo : tomaréle el pulso, y avisaréte si has de venir á estar conmigo ó no. El rucio está bueno y se te encomienda mucho, y no le pienso dejar aunque me llevaran á ser Gran Turco. La duquesa mi señora te besa mil veces las manos, vuélvele el retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste ni valga mas barata, segun dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos, como la de marras; pero no te dé pena, Teresa mia, que en salvo está el que repica, y todo saldrá en la colada del gobierno, sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras él, y si asi fuese no me costaria muy barato, aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calongía en la limosna que piden : asi que por una via ó por otra tú has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé, como puede y á mí me guarde para servirte. De este castillo á 20 de julio de 1614.

« Tu marido el gobernador

SANCHO PANZA. »

En acabando la duquesa de leer la carta dijo á

Sancho: en dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador: la una, en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el duque mi señor se le prometió, no se soñaba haber azotes en el mundo: la otra es que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho, y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla y hacer otra nueva, y podria ser que fuese peor si me lo dejan á mi caletre. No, no, replicó la duquesa, buena está, y quiero que el duque la vea. Con esto se fueron á un jardin donde habian de comer aquel dia. Mostró la duquesa la carta de Sancho al duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y despues de alzados los manteles, y despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, á deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente Don Quijote, que no cabia en su asiento de puro alborotado: de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado

ó faldas de la duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y melancólico. Y estando todos asi suspensos vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido que les arrastraba por el suelo: estos venian tocando dos grandes tambores asimismo cubiertos de negro. Á su lado venia el pífaro negro, y pizmiento como los demas. Seguia á los tres un personage de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desaforado de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahalí, tambien negro de quien pendia un desmesurado alfange de guarniciones y vaida negra. Venia cubierto el rostro con un trasparente velo negro, por quien se entreparecia una longísima barba blanca como la nieve. Movia el pato al son de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopopeya referida á hincarse de rodillas ante el duque, que en pie con los demas que allí estaban le atendia. Pero el duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo asi el espantajo prodigioso, y puesto en pie alzó el antifaz del rostro y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas

blanca y mas poblada barba que hasta entónces humanos ojos habian visto, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el duque dijo: altísimo y poderoso señor, á mí me llaman Trifaldin el de la barba blanca: soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña Dolorida, de parte de la cual traygo á vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las mas nuevas y mas admirables que el mas cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado: y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamas vencido caballero Don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta de esta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije. Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del duque, que fué: ya, buen escudero Trifaldin de la blanca barba, ha muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la dueña Dolorida:

bien podeis, estupendo escudero, decirle que entre, y que aquí está el valiente caballero Don Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda : y asimismo le podréis decir de mi parte, que si mi favor le fuere necesario no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte de mugeres, en especial á las dueñas viudas menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría. Oyendo lo cual Trifaldin inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que habia entrado, se volvió á salir del jardin dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el duque á Don Quijote le dijo : en fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto porque apenas ha seis dias que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lenguas y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino en pie y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos : merced á vuestras grandes hazañas que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor duque res-

pondió Don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados, ni á la de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuentan y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio puede sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida.

En extremo se holgaron el duque y la duquesa de ver cuan bien iba respondiendo á su intencion Don Quijote, y á esta sazon dijo Sancho: no querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y que mal estaba con ellas el tal boticario! de lo que yo saco que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿que serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que pues esta señora dueña de tan lueñes tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto mas que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en sus casas son

señorísimas, que se sirven de otras dueñas. Á esto respondió doña Rodriguez, que se halló presente: dueñas tiene mi señora la duquesa en su servicio que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes, y nadie diga mal de las dueñas y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre y cubramos con un negro mongil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en dia de procesion. Á fe, que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender no solo á los presentes, sino á todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña.

Yo creo, dijo la duquesa, que mi buena doña Rodriguez tiene razon y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. Á lo que Sancho respondió : despues que tengo humos de gobernador se me han quitado los váguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante pasaron con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la dueña Dolorida entraba. Preguntó la duquesa al duque si seria bien ir á recibirla, pues era condesa y persona principal. Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho, antes que el duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero por lo de dueña soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quien te mete á tí en esto, Sancho? dijo Don Quijote. ¿Quien, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortes y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas como por carta de menos; y al buen entendedor pocas palabras. Asi es como Sancho dice, dijo el

duque, verémos el talle de la condesa, y por él tantearémos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pífaro, como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la dueña Dolorida.

DETRAS de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, el parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venia la condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grana del grandor de un garbanzo de los buenos de Mártos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pages, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debia llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas: y asi dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido

se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras la llamaran la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus estados abundan; empero esta condesa por favorecer la novedad de su falda dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados que ninguna cosa se traslucian. Asi como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el duque, la duquesa y Don Quijote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual el duque, la duquesa y Don Quijote se adelantaron obra de doce pasos á recibirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque segun soy de dolorida no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adonde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto mas le busco menos le hallo. Sin él estaria, respondió el duque, señora con-

desa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual sin mas ver es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano la llevó á asentar en una silla junto á la duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio estaban esperando quien le habia de romper, y fué la dueña Dolorida con estas palabras: confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes; que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oidos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza. El Panza, antes que otro respondiese, dijo Sancho, aquí está, y el Don Quijotísimo asimismo, y asi podréis dolorosísima dueñísima decir lo que quisieredísimis, que todos estamos

prontos y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó Don Quijote; y encaminando sus razones á la dolorida dueña, dijo: si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun andante caballero, aquí estan las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos: y siendo esto asi, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oidos os escuchan que sabrán, si no remediarlos, dolerse de ellos. Oyendo lo cual la Dolorida dueña, hizo señal de querer arrojarse á los pies de Don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárcelos decia: ante estos pies y piernas me arrojo, ó caballero invicto, por ser los que son basas y colunas de la andante caballería: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡ Ó valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atras y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises ! Y dejando á Don Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo: ¡ ó tú el mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presen-

te ! bien puedes preciarte que en servir al gran Don Quijote sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes á tu bondad fidelísima me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca á esta humilísima y desdichadísima condesa. Á lo que respondió Sancho; de que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando de esta vida vaya que es lo que importa, que de las barbas de acá poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y mas agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere: vuesa merced desembaule su cuita y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderémos. Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar dijo, del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del cabo Comorin, fué señora la reina Doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la Infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha In-

ſanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal dueña de su madre. Sucedió pues que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos ahora que la discrecion era mocosa: asi era discreta como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados envidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los Cielos que se haga tanto mal á tierra; como seria llevarse en agraz el racimo del mas hermoso verdaño del suelo. De esta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de Príncipes, asi naturales como extrangeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio, porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y mas que era poeta y gran bailarin, y sabia hacer una jaula de pájaros, que solamente á haberlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña,

no que una delicada doncella. Pero todo su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrin y desalmado vagamundo grangearme la voluntad y cohecharme el gusto para que yo mal alcaide le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento y me rindió la voluntad con no sé què dijes y brincos que me dió. Pero lo que mas me hizo postrar y dar conmigo por el suelo, fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decian :

De la dulce mi enemiga
nace un mal que al alma hiere,
y por mas tormento quiere
que se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas y su voz de almíbar, y despues acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marques de Mantua, que entretienen y

hacen llorar los niños y las mugeres, sino unas agudezas que á modo de blandas espinas os atraviesen el alma, y como rayos os hieren en ella dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me torne á dar la vida.

Y de este jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿Pues que cuando se humillan á componer un género de verso, que en Candaya se usaba entonces, á quien ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y asi digo señores mios, que los tales trovadores con justo título los debian desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir: vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome, con otros imposibles de esta ralea de que estan sus escritos llenos. ¿Pues que cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del sol, del Sur las perlas, de Tíbar el

oro, y de Pancaya el bálsamo ? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan ni pueden cumplir. ¿ Pero donde me divierto ? ¡ Ay de mí desdichada ! ¿ que locura ó que desatino me lleva á contar las agenas faltas, teniendo tanto que decir de las mias ? ¡ Ay de mí otra vez sin ventura ! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de Don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y asi siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí, y no por él engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio de estos que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser Don Clavijo, un caballero particular, y la Infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo á mas andar no sé que hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en

bureo á los tres, y salió de él que antes que se saliese á luz el mal recado, Don Clavijo pidiese ante el Vicario por su muger Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesion á la señora: confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. Á esta sazon dijo Sancho: ¿tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin de esta tan larga historia. Si haré, respondió la condesa.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

De cualquiera palabra que Sancho decia, la duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: en fin al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de Don Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterrámos. Debió de morir sin duda, dijo Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto, y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun page suyo, ó con

otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa, porque segun las reglas de mi señor, que está presente y no me dejara mentir, asi como se hacen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hacer de los caballeros, y mas si son andantes, los reyes y los emperadores. Razon tienes, Sancho, dijo Don Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo, de esta hasta aquí dulce historia. Y como si queda lo amargo, respondió la condesa, y tan amargo que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la reina, y no desmayada, la enterrámos; y apenas la cubrímos con la tierra, y apenas le dímos el último vale, cuando ¿ *quis talia fando temporet à lacrymis* ? puesto sobre un caballo de madera pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de Don

Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejo encantados sobre la misma sepultura, á ella convertida en una ximia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un padron asimismo de metal, y en él escritas en lengua siríaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: « No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura. » Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfange, y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercen la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas que le hicieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio. que fueron estas que estan presentes, y despues de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas que nos diesen una muerte civil y

continua; y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentímos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudímos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis: y luego la Dolorida y las demas dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, cuales rubias, cuales negras, cuales blancas, y cuales albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el duque y la duquesa, pasmados Don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes: y la Trifaldi prosiguió: de esta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza de estas cerdas, que pluguiera al Cielo que antes con su desmesurado alfange nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores mios, (y esto que voy á decir ahora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido; los tienen sin humor y secos como aristas, y asi lo diré sin lágrimas) digo pues que ¿adonde podrá ir una dueña con barbas? ¿que padre ó que madre se dolerá de ella? ¿quien la dará ayuda?

pues aun cuando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurges y mudas, apenas halla quien bien la quiera, ¿ que hará cuando descubra hecho un bosque su rostro ? ¡ Ó dueñas y compañeras mias ! en desdichato punto nacímos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron : y diciendo esto dió muestras de desmayarse.

CAPÍTULO XL.

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete su autor primero, por la curiosidad que tuvo en cantarnos las semínimas de ella, sin dejar cosa por menuda que fuese que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los átomos del mas curioso deseo manifiesta. ¡O autor celebérrimo! ¡ó Don Quijote dichoso! ¡ó Dulcinea famosa! ¡ó Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí vivais siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia que asi como Sancho vió desmayada á la Dolorida; dijo: por la fe de hombre de bien juro y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamas he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Vál-

gate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿ y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el de barbarlas? Como ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera mas á cuento quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Asi es la verdad, señor; respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y asi hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra, que puesto que hay en Candaya mugeres que anden de casa en casa á quitar el vello, y á pulir las cejas, y hacer otro manjurges tocantes á mugeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamas quisímos admitirlas, porque las mas oliscan á terceras habiendo dejado de ser primas: y si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaria las mias, dijo Don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras. Á este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: el retintin de esa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oidos, y ha sido parte para que yo de él vuelva y cobre todos mis sentidos, y asi de

nuevo os suplico, andante inclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió Don Quijote: ved, señora, que es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos mas ó menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera, sobre quien llevó el valeroso Piérres robada á la linda Magalona: el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele á Piérres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viages, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos, desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino á quien él queria ó mejor se lo pagaba, y desde el gran Piérres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno

con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirva de él en sus viages, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí: y es lo bueno que el tal caballo, ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. Á esto dijo Sancho: para andar reposado y llano mi rucio, puesto que no anda por los aires, pero por la tierra yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daria por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, seria enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y cuantos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero cuando falta alguna robada doncella. Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, que nombre tiene ese caballo. El nombre,

respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerophonte que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alejandro llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando cuyo nombre fué Brilladoro, ni menos Bayarte, que fué el de Reynáldos de Montalban, ni Frontino como el de Rugero; ni Boótes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del sol, nì tampoco se llama Orelia como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los Godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino. Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno de esos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. Asi es, respondió la barbada condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *clavileño el aligero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina, y asi en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el nombre, replicó Sancho, pero ¿con que freno ó con que jáquima se gobierna? Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha

de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla, ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda mas blanda que la misma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojin ni almohada alguna: pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie, cada cual se rape como mas le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viage, cuanto mas que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento de estas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Si sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto que sin vuestra presencia entiendo que no harémos nada. Aquí del rey, dijo Sancho, ¿que tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? hanse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡cuerpo de mí! aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuere imposible el acabarla; pero ¡que escriban á secas, Don Paralipomenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor

se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la duquesa mi señora, y podria ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes que no me la cubra pelo. — Con todo eso le habeis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros de estas señoras, que cierto seria mal caso. Aquí del rey otra vez, replicó Sancho, cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero que la sufra por quitar las barbas á dueñas ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dijo la duquesa, mucho os vais tras la opinion del boticario toledano, pues á fe que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi doña Rodriguez que no me dejará decir otra cosa. Mas que la diga V. E., dijo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres como á las otras mu-

geres, y pues Dios nos echó en el mundo él sabe para que, y á su misericordia me atengo y no á las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodriguez, dijo Don Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos; pero no para siempre. ¡Ay! dijo á esta sazon la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pages, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña: desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un *vos* nuestras señoras, si pensasen por ello ser reinas. Ó gigante Malambruno, que aunque eres encantador eres certísimo en tus promesas, envíanos ya al sin par Clavileño para que nuestra desdicha se acabe, que si en-

tra el calor y estas nuestras barbas duran ¡guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura

LLEGÓ en esto la noche y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole, que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardin cuatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusiéronle de pies en el suelo, y uno de los salvages dijo: suba sobre esta máquina el que tuviere ánimo para ello. Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero; y el salvage prosiguió diciendo: y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra ni de otra malicia será ofendido, y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él

los llevará por los aires adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause váguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viage. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida asi como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á Don Quijote : valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo de ellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en el con tu escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viage. — Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme : tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante en ninguna manera, y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires : y ¿que dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiendo

tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa, ó el gigante se enoja, tardarémos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas de estas señoras, que bien se está san Pedro en Roma, quiero decir que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. Á lo que el duque dijo: Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva, raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones: y pues vos sabeis que sé yo que no hay ningun género de oficio de estos de mayor cantia, que no se grangee con alguna suerte de cohecho, cual mas cual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor Don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura: que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ahora la contraria fortuna os trayga y vuelve á pie hecho romero, de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéreis hallaréis vuestra ínsula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recibiros por su

gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma, y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No mas señor, dijo Sancho, yo soy un pobre escudero y no puedo llevar á cuestas tantas cortesías; suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro señor, ó invocar los ángeles que me favorezcan. Á lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros á Dios ó á quien quisiéreis, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie. Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dijo Don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora, y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia de estos señores os quiero hablar á parte dos palabras: y apartando á Sancho entre unos árboles del jardin, y asiéndole ambas las manos le dijo: ya ves, Sancho hermano, el largo viage que nos espera, y que sabe Dios cuando volverémos de el, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios: y asi querria que ahora te retirases

en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendras, que el comenzar las cosas es tenerles medio acabadas. Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas: ¿ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa quiera vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, verdad, que no tiene vuesa merced razon: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion que vuesa merced se contente, y no le digo mas. Y Don Quijote respondió: pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto aunque tanto eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra. Y con esto se volvieron á subir en Clavileño, y al subir dijo Don Quijote: tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien por tan lueñes tierras envia por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien de él se fia: y puesto que todo sucediese al reves de lo que imagino, la gloria de haber emprendido

esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna. Vamos: señor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas de estas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Asi es la verdad, replicó Don Quijote, y sacando un pañuelo de la faldriquera pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto, se volvió á descubrir y dijo: si mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fué un caballo de madera que los Griegos presentaron á la diosa Pálas, el cual iba preñado de caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya, y asi será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago. No hay para que, dijo la Dolorida, que yo le fio y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor Don Quijote suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere. Parecióle á Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad seria poner en detrimento su valentía, y asi sin mas altercar subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija que fácilmente se rodeaba, y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algun romano triunfo. De mal talante y poco á

poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen de algun cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa, ó del lecho de algun page, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de mármol que de leño. Á esto dijo la Trifaldi que ningun jaez ni ningun género de adorno sufria sobre sí Clavileño, que lo que podia hacer era ponerse á mugeriegas, y que asi no sentiria tanto la dureza. Hízolo asi Sancho, y diciendo, á Dios, se dejó vendar los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos Pater nostres y sendas Ave Marías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. Á lo que dijo Don Quijote: ladron ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia si no mienten las historias: y yo que voy á tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Piérres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el te-

mor que tienes, á lo menos en presencia mia. —Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿que mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos que den con nosotros en Peralbillo? Cubriéronse, y sintiendo Don Quijote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: Dios te guie, valeroso caballero: Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con mas velocidad que una saeta, ya comenzais á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os estan mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos le dijo: señor ¿como dicen estos que vamos tan altos si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que estan aquí hablando junto á nosotros? —No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto que me derribas, y en verdad que no sé de que te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los dias de mi vida he subido en cabalga-

dura de paso mas llano : no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Asi es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio que parece que con mil fuelles me estan soplando : y asi era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar Don Quijote, dijo : sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves : los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region, y si es que de esta manera vamos subiendo, presto darémos en la region del fuego, y no sé yo como templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho que sintió el calor dijo : que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en que parte estamos. No hagas tal, respondió Don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, á quien llevaron los dia-

blos en volándas por el aire caballero en una caña; cerrados los ojos, y en doce hora llegó á Roma y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto, el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: asi que, Sancho, no hay para que descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto, para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza, para cogerla por mas que se remonte, y aunque nos parece que no ha media hora que nos partímos del jardin, créeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho, solo sé decir que si la señora Magallánes ó Magalona se contentó de estas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oian el duque y la duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento: y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al

punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habia desaparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas y la Trifaldi y todo: y los del jardin quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes quedaron atónitos de verse en el mismo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente, y creció mas su admiracion cuando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente de ella y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

« El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña Dolorida y compañía, con solo intentarla.

« Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes Don Clavijo y Antonomasia en su prístino estado, y cuando se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen, y en brazos

de su querido arrullador, que asi está ordenado por el sabio Merlin, proto-encantador de los encantadores. »

Habiendo pues Don Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablabau, y dando muchas gracias al cielo de que con tau poco peligro hubiese acabado tan gran hecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué adonde el duque y la duquesa aun no habian vuelto en sí, y trabando de la mano al duque le dijo : ea, buen señor, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El duque, poco á poco y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podiau dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole ser el mas buen caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida por ver que rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposicion prometia; pero dijéronle

que asi como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas con la Trifaldi habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la duquesa á Sancho que como la habia ido en aquel largo viage. Á lo cual Sancho respendió: yo, señora, sentí que íbamos segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió: mas yo que tengo no sé que briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hácia la tierra, parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas porque se vea cuan altos debíamos de ir entonces. Á esto dijo la duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decis, que á lo que parece vos no vistes la tierra sino los hombres que andaban sobre ella, y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo habia de cubrir toda la tierra. Asi es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubrí por un ladito y la ví toda. Mirad, Sancho, dijo la duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira.

Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento por encantamento podia yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que los mirara : y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced como descubriéndome por junto á las cejas me ví tan junto al cielo que no habia de mí á el palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande ademas, y sucedió que íbamos por parte donde estan las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima, que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que asi como las ví me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y que hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apee de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora y Clavileño no se movió de su lugar ni pasó adelante. Y en tanto que Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el duque ¿en que se entretenia el señor Don Quijote? Á lo que Don Quijote respondió : como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice : de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni ví cielo ni tierra, ni mar ni arenas. Bien es verdad que sentí que

pasaba por la region del aire, y aun que tocaba á la del fuego, pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo donde estan las siete cabrillas, que Sancho dice: sin abrasarnos: y pues no nos asurámos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento ni sueño, respondió Sancho; si no preguntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no. Digalas pues, Sancho dijo la duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dijo el duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro está eso, dijo Sancho, si, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho, preguntóle el duque ¿ vistes allá entre esas cabras algun cabron? No señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viage porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion este fué el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dió que reir á los duques, no solo aquel tiempo sino el de toda su vida, y que contar á Sancho si-

glos si los viviera, y llegándose Don Quijote á Sancho al oido, le dijo : Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que ví en la cueva de Montesínos y no os digo mas.

CAPÍTULO XLII.

De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los duques que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenian para que se tuviesen por veras, y asi habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló y le dijo: despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser gobernador, porque ¿que grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó que dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido

de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor ínsula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie aunque no sea mayor que una uña, que á solo Dios estan reservadas esas mercedes y gracias: lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña podeis con las riquezas de la tierra grangear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador que á pesar de bellacos me vaya al cielo, y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á que sabe el ser Gobernador. Si una vez le probais, Sancho, dijo el duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. Á buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda segun van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo. Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabeis de todo, respondió el duque: yo espero que seréis tal gobernador

como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí, y advertid que mañana en ese mismo dia habeis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del trage conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Asi es verdad, dijo el duque; pero los trages se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no seria bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitan, porque en la ínsula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A B C, pero bástame tener el *cristus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieran hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dijo el duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó Don Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano y se fué con él á su estancia con intencion de aconsejarle como se habia de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al Cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recibir y á encoutrar la buena ventura. Yo que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian y no alcanzan lo que pretenden, y llega otro y sin saber como ni como no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir, que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin mas ni mas te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al Cielo que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la caballería andante. Dispuesto pues el corazon á creer lo que te he dicho, está, ó hijo, atento á este tu Caton, que quiere aconsejarte y ser norte y guia que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte: que los oficios

y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios: porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres procurando conocerte á tí mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey que si esto haces vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra, Asi es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero despues algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos: pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Asi es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte, y préciate mas de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe

nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y de esta verdad te pudiera traer tantos ejemplos antiguos y modernos que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio á la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para que tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto asi, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estes en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al Cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujeres á tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo esten sin las propias) enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una muger rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que

la muger del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en tí mas compasion las lágrimas del pobre, pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama de juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva; sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa agena, que los yerros que en ella hicieres, las mas veces serán sin remedio, y si le tuvieren será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus

oidos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de catigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu juridicion, considérale hombre miserable sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales; mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible: casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma: escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPÍTULO XLIII.

De los consejos segundos que dió Don Quijote á Sancho Panza.

¿QUIEN oyera el pasado razonamiento de Don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero como muchas veces en el progreso de esta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demas discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta de estos segundos documentos que dió á Sancho, mostró tener gran donaire y puso su discrecion y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos á buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió pues Don Quijote y dijo:

En lo que toca á como has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las

uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar, fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir que si has de vestir seis pages, viste tres y otros tres pobres: y asi tendrás pages para el cielo y para el suelo: y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tú villanería: anda despacio, habla con reposo, pero de manera que parezca que te escuchas á tí mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos

carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho; y Don Quijote le dijo: erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana aunque es muy significativo, y asi la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones: y cuando algunos no entiendan estos términos importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entienden, y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. En verdad, señor, dijo Sancho, que no de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo Don Quijote. Erutar diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos que mas parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí

adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester. Eso si, Sancho, dijo Don Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castígame mi madre y yo trompógelas. Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos, que asi cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traido á propósito; pero ensartar refranes á troche moche hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres á caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio, que el andar á caballo á unos hace caballeros, á otros caballerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol no goza del dia: y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamas llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria; que

creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamas te pongas á disputar de linages, á lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, gregüescos ni por pienso, que no les estan bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andara el tiempo, y segun las ocasiones asi serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; ¿pero de que han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará mas de ellos que de las nubes de antaño, y asi será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester. ¡Ah pecador de mí! respondió Don Quijote: y que mal parece en los gobernadores el no saber leer ni

escribir : porque has de saber, ó Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas, ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, ó él tan travieso y malo que no pudó entrar en él el buen uso ni la buena dotrina. Gran falta es la que llevas contigo, y asi querria que aprendieses á firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho, que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decia mi nombre, cuanto mas que fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio sino es para la muerte, y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere : cuanto mas que el que tiene el padre Alcalde... y siendo yo gobernador, que es mas que ser alcalde, llegaos que la dejan ver, no sino popen y calóñenme, que vendrán por lana y volverán trasquilados, y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca ; no sino haceos miel y paparos han moscas : tanto vales cuanto tienes, decia una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado. ¡ Ó maldito seas de Dios, Sancho ! dijo á esta sazon Don Quijote : sesenta mil Satanases te lleven á tí y á tus refranes : una hora ha que los estás ensar-

tando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca, por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime ¿ donde los hallas, ignorante ? ¿ ó como los aplicas, mentecato ? que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. Á que diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo ni otro candal alguno sino refranes y mas refranes, y ahora se me ofrecen cuatro que venian aquí pintiparados, ó como peras en tabaque, pero no los diré porque al buen callar llaman Sancho. Ese Sancho no eres tú, dijo Don Quijote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar, y con todo eso querria saber que cuatro refranes te ocurrian ahora á la memoria que venian aquí á propósito, que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Qu: mejores, dijo Sancho, que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares : y, á idos de mi casa, y que quereis con mi muger, no hay responder : y, si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro : todos los cuales vienen á pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone

el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales como sean muelas no importa, y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salios de mi casa, y que quereis con mi muger: pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Asi que es menester que el que ve la mota en el ojo ageno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él, espantóse la muerta de la degollada; y vuesa merced sabe bien que mas sabe el necio en su casa que el cuerdo en la agena. Eso no, Sancho, respondió Don Quijote, que el necio en su casa ni en la agena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningun discreto edificio: y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa y mia la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mí posible; con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa, Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al duque quien eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes, no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicó Sancho, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que mas quiero un solo negro de la

uña de mi alma que á todo mi cuerpo, y asi me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones, y mas que mientras se duerme, todos son iguales los grandes y los menores, los pobres y los ricos, y si vuesa merced mira en ello verá que solo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé mas de gobiernos de ínsulas que un buitre: y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, mas quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno. Por Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga: encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion: quiero decir que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el Cielo los buenos deseos: y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPÍTULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quijote.

DICEN que en el propio original de esta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar de él y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos, y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sugeto y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir de este inconveniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *curioso impertinente*, y la del *capitan cautivo*, que estan como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quijote,

que no podian dejar de escribirse. Tambien pensó: como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quijote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz: y asi en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas[1], sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe sino por lo que ha dejado de escribir: y luego prosigue la historia diciendo que en acabando de comer Don Quijote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado cuando se le cayeron y vinieron á manos del duque, que los comunicó con la duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quijote; y asi llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento

al lugar, que para él habia de ser ínsula. Acaeció pues que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el cual habia hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido, y con esto y con ir industriado de sus señores de como se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues que acaeció que asi como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor le dijo: señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro de este mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró Don Quijote atentamente al mayordomo y habiéndole mirado dijo á Sancho: no hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaria contradicion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que

denantes le oí hablar y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré, pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Asi lo has de hacer, Sancho, dijo Don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta, y detras de él por órden del duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portó en su cargo, y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de ximia, porque los sucesos de Don Quijote, ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuéntase pues que apenas

se hubo partido Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolía, y preguntole que de que estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa que le servirian muy á satisfacion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió Don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que V. E. me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á V. E. que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dijo la duquesa señor Don Quijote, que no ha de ser asi, que le han de servir cuatro doncellas de las mias hermosas como unas flores. Para mí, respondió Don Quijote, no serán ellas como flores sino como espinas que me puncen el alma. Asi entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced, sin yo merecerla, dejeme que yo me los haya conmigo y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad: y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza

quiere mostrar conmigo ; y en resolucion antes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas señor Don Quijote, replicó la duquesa : por mí digo que daré órden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella : no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quijote, que segun se me ha traslucido la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase á sus solas y á su modo, como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. Á lo cual dijo Don Quijote : vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala; y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle

los mas elocuentes de la tierra. Ahora bien, señor Don Quijote, replicó la duquesa, la hora de cenar se llega y el duque debe de esperar: venga vuesa merced y cenemos, y acostaráse temprano, que el viage que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque osaré jurar á V. E. que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo que le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla asi sin mas ni mas. Á eso se puede imaginar, respondió la duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que mas le traia desasosegado vagando de tierra en tierra: abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran Don Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió Don Quijote á la duquesa, y en cenando, Don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba siem-

pre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡ó desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata; digo seda verde porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡ó pobreza, pobreza! no sé yo con que razon se movió aquel gran poeta cordobes á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores Santos, tened todas las cosas como si no las tuviésedes, y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) ¿por que quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, mas que con la otra gente? por que los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de

vidrio! por que sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde! (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió : miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos : miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á Don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso asi de la falta que Sancho le hacia como, de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos aunque fuera oon seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir; levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin : púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz

los de abajo, tanto que pudo oir estas razones:

No me porfies, ó Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar, cuanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto si duerme y no despierta para oirle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnecida. No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono bajo y suave al son de tu arpa, y cuando la duquesa nos sienta le echarémos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, ó Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara que mancilla en corazon: y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo

cual quedó Don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras semejantes á aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba de él enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer, y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que Don Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance.

O tú, que estás en tu lecho
entre sábanas de holanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana:

Caballero el mas valiente
que ha producido la Mancha,
mas honesto y mas bendito
que el oro fino de Arabia:

Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,

que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,
y agenas desdichas hallas;
das las heridas, y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso jóven,
que Dios prospere tus ansias,
¿si te criaste en la Libia,
ó en las montañas de Jaca?

¿Si sierpes te dieron leche?
¿si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre fiera y brava.

Por esto será famosa
Desde Henáres á Jarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,
y diera encima una saya,
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.

¡O quien se viera en tus brazos,
ó si no junto á tu cama,

rascándote la cabeza
y matándote la caspa!

Mucho pido: y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quisiera traerte,
que á una humilde le basta.

¡O que de cofias te diera,
que de escarpines de plata,
que de calzas de damasco,
que de herreruelos de holanda!

¡Que de finísimas perlas,
cada cual como una agalla;
que á no tener compañeras,
las solas fueran llamadas!

No mires de tu tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.

Niña soy, pucela tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.

No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lirios,
que en pie por el suelo arrastran.

Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,

ser mis dientes de topacios,
Mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz ya ves, si me escuchas,
que á la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo menos que mediana.

Estas y otras gracias mias,
son despojos de tu aljaba;
de esta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal herida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido Don Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿que la quereis, reinas? á que la perseguis, emperatrices? para que la acosais, doncellas de á catorce á quince años? Dejad: dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal: para ella soy miel y para vosotras acíbar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta,

la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas y las de peor linage; para ser yo suyo y no de otra alguna me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra. Y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejarémos por ahora porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPÍTULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡O perpetuo descubridor de los antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece nunca te pones. Á tí digo, ó sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á tí digo que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin tí yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenia. Diéronle á entender, que se llamaba la ínsula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Barataria, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el Regimiento del pueblo á recibirle: tocaron las campanas, y todos

los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. El trage, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenia admirada á toda la gente que el busílis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente en sacándole de la iglesia, le llevaron á la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo: es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesion de esta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador, y asi ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer, preguntó que eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuele respondido: señor, allí está escrito y notado el dia en que V. S. tomó posesion de esta ínsula, y dice el epitafio: hoy dia á tantos de tal mes y de tal año tomó la posesion de esta ínsula el señor Don Sancho Panza, que muchos años la

goce. ¿ Y á quien llaman Don Sancho Panza ? preguntó Sancho. A. V. S. respondió el mayordomo, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linage le ha habido : Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de Dones ni donas, y yo imagino que en esta ínsula debe de haber mas Dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias yo escarde estos Dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, hora se intristezca ó no se intristezca el pueblo. Á este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre, porque traia unas tijeras en la mano, y el sastre dijo : señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre examinado, que Dios sera bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó : señor ¿ habria en este paño harto para hacerme una caperuza ? Yo tanteando el paño le respondí que sí : el debióse de imaginar á lo que yo imagino, é imaginé bien, que

sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme, que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento y díjele que sí, y el caballero en su dañada y primera intencion fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo sies, hasta que llegámos á cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague ó vuelva su paño. ¿Es todo asi, hermano? preguntó Sancho. Si señor, respondió el hombre, pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana respondió el sastre; y sacando encontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: he aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas, y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco y dijo: paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon, y asi yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya mas. Si la sentencia de

la bolsa del ganadero movió á admiracion á los circunstantes, esta les provocó á risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos; el uno traia una cañabeja por báculo, y el sin báculo dijo: señor, á este buen hombre le presté dias ha diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando se los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos, que la que él tenia cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querria que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios. ¿Que decis vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. Á lo que dijo el viejo: yo, señor, confieso que me los prestó, y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mí juramento yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego

puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian, pero que él se los babia vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvia á pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor que respondia á lo que decia su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvidado el como y cuando se los habia vuelto, y que desde allí en adelante jamas le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual Sancho, y que sin mas ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo: dadme, buen hombre, ese báculo que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo: hele aquí, señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándoselo al otro viejo, le dijo: andad con Dios, que ya vais pagado. ¿ Yo, señor, respondió el viejo, ¿ pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Si dijo el gobernador, ó si no

yo soy el mayor porro del mundo, y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino; y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose asi, y en el corazon de ella hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de donde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro de él estaba la paga de lo que pedian: de donde se podia colegir, que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios, y mas que él habia oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse si le tendria ó pondria por tonto ó por discreto. Luego acabado este pleito entró en el juzgado una muger asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venia dando gran-

des voces diciendo : justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré á buscar al Cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de ese campo y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado, y ¡ desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extrangeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar, si tiene limpias ó no las manos este galan, dijo Sancho, y volviéndose al hombre le dijo, ¿ qué decia y respondia á la querella de aquella muger ? El cual todo turbado respondió : señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valian : volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos, paguele lo suficiente, y ella mal contenta asió de mí y no me ha dejado hasta traerme á este puesto : dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer, y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Enton-

ces el gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata : él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase y se la entregase asi como estaba á la querellante : él lo hizo temblando; tomóla la muger, y haciendo mil zalemas á todos y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que asi miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, y con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa : buen hombre, id tras aquella muger y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella : y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito, y de allí á poco volvieron el hombre y la muger mas asidos y aferrados que la vez primera : ella la saya levantada y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible segun la muger la defendia, la cual daba voces diciendo : justicia de Dios y del mundo : mire vuesa merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor de este desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido

quitar la bolsa que vuesa merced mandó darme. ¿ Y háosla quitado ? preguntó el gobernador. ¿ Como quitar ? respondió la muger, antes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa : bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso : tenazas y martillos, mazos y escoplos no seran bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y dejóla. Entonces el gobernador dijo á la muger : mostrad, honrada y valiente, esa bolsa : ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada : hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza : andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta ínsula ni en seis leguas á la redonda sopena de docientos azotes : andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora. Espantóse la muger y fuése cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre, buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en

voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notado de su cronista fué luego escrito al duque, que con gran deseo lo estaba esperando : y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo alborozado con la música de Altisidora.

CAPÍTULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno, que recibió Don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dejámos al gran Don Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostose con ellos, y como si fueran pulgas no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por Don Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su manton de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de pasamanos de plata : colgó el tahali de sus hombros con su buena y tajadora espada : asió un gran rosario, que consigo contino traia, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole : y al

pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga, y así como Altisidora vió á Don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. Don Quijote que lo vió, llegándose á ellas, dijo: ya sé yo de que proceden estos accidentes. No sé yo de que, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un hay en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo si es que todos son desagradecidos: váyase vuesa merced, señor Don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere. Á lo que respondió Don Quijote: haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados: y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: menester será que se le ponga el laud, que sin duda Don Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la duquesa de lo que pasaba y del laud que pedia Don Quijote, y ella alegre sobre

modo concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con Don Quijote: y la duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un page suyo, que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto y llegadas las once horas de la noche, halló Don Quijote una vihuela en su aposento; templóla, abrió la reja y sintió que andaba gente por el jardin, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto:

Suelen las fuerzas de amor
 sacar de quicio á las almas,
 tomando por instrumento
 la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar
 y el estar siempre ocupada,
 ser antidoto al veneno
 de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas,
  que aspiran á ser casadas,
  la honestidad es la dote
  y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros,
  y los que en la corte andan,
  requiébranse con las libres,
  con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
  que entre huéspedes se tratan,
  que llegan presto al poniente,
  porque en el partir se acaban.

El amor recien venido,
  que hoy llegó y se va mañana;
  las imágenes no deja
  bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura
  ni se muestra, ni señala,
  y do hay primera belleza,
  la segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso
  del alma en la tabla rasa
  tengo pintada de modo,
  que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
  es la parte mas preciada,
  por quien hace amor milagros,
  y asimismo los levanta.

Aquí llegaba Don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde encima de un corredor que sobre la reja de Don Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso Don Quijote quedó pasmado, y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad de este caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse Don Quijote en pie, y poniendo mano á la espada comenzó á tirar estocadas por la reja, y á decir á grandes voces: afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones; y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró

muchas cuchilladas : ellos acudieron á la reja y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas para arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea : acudió el duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces : no me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quien es Don Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose de estas amenazas, gruñia y apretaba. Mas en fin el duque se le desarraigó, y le echó por la reja : quedó Don Quijote acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrin encantador. Hicieron traer aceite de aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas, con voz baja le dijo : todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y

pertinacia, y plega á Dios que se olvide á Sancho Panza tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo que te adoro. Á todo esto no respondió Don Quijote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho agradeciendo á los duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiére su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su gobierno.

CUENTA la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa, y asi como Sancho entró en la sala sonaron chirimías, y salieron cuatro pages á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personage, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca tohalla, con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un page puso un babador randado á Sancho; otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado cuando el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á pro-

barle Sancho: pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un page alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de maesecoral. Á lo cual respondió el de la vara: no se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores de ella, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente y tener muchas especías que acrecientan la sed, y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida. — De esa manera aquel plato de perdices que estan allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. Á lo que el médico respondió: esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¡ Pues

porque? dijo Sancho. Y el médico respondió: porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *omnis saturatio mala, perdix autem pessima*. Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si eso es asi, dijo Sancho, vea el señor Doctor de cuantos manjares hay en esta mesa cual me hará mas provecho y cual menos daño, y déjeme comer de él sin que me le apalee, porque por vida del gobernador, y asi, Dios me la deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor Doctor, y él mas me diga, antes, será quitarme la vida que aumentármela. Vuesa merced tiene razon, señor gobernador, respondió el médico, y asi es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí estan, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para que. Y Sancho dijo: aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit*, dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los retores de colegios, ó para las bodas

labradorescas, y dejennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura: y la razon es porque siempre y á do quiera y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó como se llamaba y donde habia estudiado. Á lo que él respondió: yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. Á lo que respondió Sancho: todo encendido en cólera: pues, señor doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante, sino voto al sol que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me

ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo menos de aquellos que yo intienda que son ignorantes, que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas: y vuelvo á decir que se me vaya pedro Recio de aquí, sino tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza: y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república, y denme de comer, ó si no tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer Tirteafuera de sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: correo viene del duque mi señor: algun despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobre escrito que decia asi: « Á Don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano ó en las de su secretario. » Oyendo lo cual Sancho dijo ¿ quien es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban respondió: yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaino. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podeis ser se-

cretario del mismo emperador, abrid ese pliego y mirad lo que dice. Hízolo asi el recien nacido secretario, y habiendo leido lo que decia, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demas y el médico se fueron: y luego el secretario leyó la carta que asi decia:

« Á mi noticia ha llegado, señor Don Sancho Panza, que unos enemigos mios y de esa ínsula la han de dar un asalto furioso, no sé que noche: conviene velar y estar alerta porque no le tomen desapercebido. Sé tambien por espías verdaderas, que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo y mirad quien llega á hablaros, y no comais de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorreros si os viereдes en trabajo, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. De este lugar á diez y seis de Agosto, á las cuatro de la mañana. Vuestro amigo el duque. »

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dijo: lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima como es la de la hambre. Tambien, dijo

el maestresala, me parece á mí que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detras de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque con efecto no puedo pasar sin comer: y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas: y vos, secretario responded al duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda sin faltar punto: y daréis de mi parte un besamanos á la señora duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi muger Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido: y vos como buen secretario y buen vizcaino podeis añadir todo lo que quisieredes y mas viniere á cuento: y álcense estos manteles y denme á mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula. En esto entró un page y dijo: aquí está un labrador negociante que quiere hablar á vuestra señoría en

un negocio, segun el dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dijo Sancho, de estos negociantes: ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre, pero adviértase primero no sea alguno de los espías, ó matador mio. No señor, respondió el page, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco ó él es tan bueno como el buen pan. No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Seria posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará V. S. satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma.

Lo primero que dijo fué : ¿quien es aquí el señor gobernador? Quien ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla. Humíllome pues á su presencia, dijo el labrador; y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo asi el labrador, y luego dijo : yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real. ¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho : decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien à Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia Católica Romana : tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller y el mayor para licenciado : soy viudo, porque se murió mi muger, ó por mejor decir me la mató un mal médico que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á la luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor porque no tuviera envidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado. De modo, dijo Sancho, que si vuestra muger no se hubiera muerto ó le hubieran muerto, vos no fuérades ahora viudo. No señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho : adelante hermano, que es hora de dormir mas que ne ne-

gociar. Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linage son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados que si se usaran aspar labios pudiera hacer de ellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado: y perdóneme el señor Gobernador si

por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien y no me parece mal. Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos, y digo señor que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los pies á la cabeza: ¿que es lo que quereis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras. Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es

endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus: y de haber caido una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito. ¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vucsa merced me diese trescientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller: digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejeis de decir por empacho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador: y apenas dijo esto cuando levantándose en pie el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado y dijo: voto á tal, Don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartais y ascondeis luego de mi presencia que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa bellaco, pintor del mesmo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? y donde los tengo yo, hediondo? y por que te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y

mentecato? y que se me da á mí de Miguel Turra ni de todo el linage de los Pelerines? Va de mí, digo, si no, por vida del duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no ha dia y medio que tengo el gobierno ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacon supo muy bien hacer su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á Don Quijote, que le dejámos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias: en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII.

De lo que le sucedió á Don Quijote con doña Rodriguez la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y memoria eterna.

Ademas estaba mohino y melancólico el mal herido Don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballería. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. No, dijo creyendo á su imaginacion, (y esto con voz que pudiera ser oida) no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, hora estes, señora mia, transformada en cebolluda labradora, hora en ninfa del do-

rado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas, hora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro, por los aruños, los bigotes, porque no se le desmayasen y cayesen: en el cual trage parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas tanto que la cubrian y enmantaban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos, venia pisando quedito y movia los pies blandamente. Miróla Don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño, y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel trage á hacer en él alguna mala hechuría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos y vió la priesa con que se estaba haciendo cru-

ces Don Quijote, y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque asi como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz diciendo: Jesus! ¿que es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caida. Don Quijote temeroso comenzó á decir: conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quien eres, y que me digan que es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la órden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La brumada dueña que oyó conjurarse, por su temor coligió el de Don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: señor Don Quijote, (si es que acaso vuesa merced es Don Quijote) yo no soy fantasma, ni vision, ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que con una necesidad, de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo. Dígame, señora doña Rodriguez, dijo Don Quijote, ¿por ventura viene vuesa

merced á hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie: merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora doña Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departirémos de todo lo que mas mandare y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. ¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: si que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré á encender mi vela y volveré en un instante á contar mis cuitas, como á remediador de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó Don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura: y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: ¿quien sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con empera-

trices, reinas, duquesas, marquesas, ni condesas? que yo he oido decir muchas veces, y á muchos discretos que si él puede, antes os la dará roma que aguileña: ¿y quien sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? afuera pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo: ¡ó cuan bien hacia aquella señora de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto la servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvia, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á Don Quijote de mas cerca envuelto en la colcha, con las

vendas, galocha ó becoquin, temió de nuevo, y retirándose atras como dos pasos dijo: ¿estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho. Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora, respondió Don Quijote: y asi pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. ¿De quien ó á quien pedis, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. Á vos y de vos la pido, replicó Don Quijote, porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y aun un poco mas segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Enéas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas: y diciendo esto besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mesmas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis, y dice que por Mahoma que diera por ver ir á los dos asi asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia. Entróse en fin Don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodriguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. Don Quijote se acorrucó y se cubrió to-

do, no dejando mas del rostro descubierto; y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué Don Quijote, diciendo: puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Asi lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podia esperar sino tan cristiana respuesta. Es pues el caso, señor Don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragon, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo sin saber como ni como no, me trujeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora: y quiero hacer sabidor á vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca, ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católi-

cos cristianos. Quedé huérfana y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en dias, barbudo y apersonado, y sobre todo hidalgo como el Rey, porque era montañes. No tratámos tan secretamente nuestros amores que no viniesen á noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes nos casó en paz y en haz de la santa Madre Iglesia Católica Romana; de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazon, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: perdóneme vuesa merced, señor Don Quijote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con que autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache, que entonces no se usaban coches ni sillas, como agora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo menos no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en

Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un Alcalde de corte con dos alguaciles delante, y asi como mi buen escudero le vió, volvió las riendas á la mula dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia: ¿ que haceis desventurado, no veis que voy aquí? El Alcalde de comedido detuvo la rienda al caballo, y díjole: seguid, señor vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora Doña Casilda, que asi era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al Alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, creo que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudiéron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo la gente baldía que en ella estaba. Vínose á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo, que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo, tanto que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora la duquesa le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé

yo viuda y desamparada y con hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la duquesa que estaba recien casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni mas ni menos, adonde yendo dias y viniendo dias creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas á menos. En resolucion, de esta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador requísimo; que está en una aldea del duque mi señor no muy lejos de aquí. En efecto no sé como ni como no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir: y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader y apenas quiere oirme, y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en nin-

gun modo. Querria pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos ó ya por armas, pues segun todo el mundo dice vuesa merced nació en él para deshacerlos y para enderezar los tuertos y amparar los miserables, y póngasele á vuesa merced por delante la horfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato: y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija no la llega con dos leguas: porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de presuncion que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recogida: ademas que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado que no hay sufrir el estar junto á ella un momento, y aun mi señora la duquesa.... Quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos. ¿Que tiene mi señora la duquesa por vida mia, señora doña Rodriguez? preguntó Don Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor Don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de

rostro que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena ¡ Santa María ! dijo Don Quijote, ¿ y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos ? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora doña Rodriguez lo dice, debe de ser asi; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó Don Quijote de decir esta razon cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á dona Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una. al parecer, chinela le comenzó á dar tantos azotes que era

una compasion: y aunque Don Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia que podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca: y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron á Don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora: saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodriguez sus faldas, gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra á Don Quijote, el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejarémos deseoso de saber quien habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto: pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPITULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula.

DEJAMOS al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el cual industriado del mayordomo, y el mayordomo del duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio (que como se acabó el secreto de la carta del duque habia vuelto á entrar en la sala): ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere, y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le desliudan los linages. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazon y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni á la del

dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que asi se la dé Dios á él y á todos los de su ralea, digo á la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á que atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finálmente el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar, y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía se llegó por el tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera algo entrada en dias. Entregóse en todo con mas gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de lavájos, y entre la cena volviéndose al doctor le dijo: mirad, señor doctor de aquí adelante no os cureis de darme á comer cosas

regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre y algunas veces con asco: lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que el quisiere como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun dia: y no se burle nadie conmigo, porque ó somos ó no somos: vivamos todos y comamos en buena paz y compaña, pues cuando Dios amanece para todos amanece: yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho, y todo el mundo trayga el ojo alerta y mire por el virote, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasion han de ver maravillas: no si no haceos miel y comeros han moscas. Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razon en cuanto ha dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta ínsula que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. Yo lo creo,

respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen, y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace mas al caso, y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Que os parece de esto, amigos? ¿digo algo ó quiébrome la cabeza? Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que de ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el

coronista que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podia formar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia mas que ver, y pocas calles andadas del lugar sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales viendo venir á la justicia se estuvieron quedos, y el uno de ellos dijo: aquí de Dios y del rey, como? y que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan á saltear en la mitad de las calles? Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme que es la causa de esta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrario dijo: señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero mas de mil reales, y sabe Dios como: y hallándome yo presente juzgué mas de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia; alzóse con la ganancia, y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo menos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pesar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa: yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me

diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron, y el socarron, que no es mas ladron que Caco ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de cuatro reales, porque vea vuesa merced, señor gobernador, que poca vergüenza y que poca conciencia; pero á fe que si vuesa merced no llegara que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuantas entraba la romana. ¿ Que decis vos á esto ? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decia, y no habia querido darle mas de cuatro reales, porque se los daba muchas veces, y los que esperan barato, han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros y que lo que ganan es mal ganado, y que para señal que él era hombre de bien y no ladron, como decía, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Asi es, dijo el mayordomo, vea vuesa merced, señor gobernador, que es lo que se ha de hacer de estos hombres. Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y mas habeis de desembolsar treinta para

los pobres de la cárcel, y vos que no teneis oficio ni beneficio, y andais de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid de esta ínsula desterrado por diez años, sopena, si lo quebrantáredes, los cumplais en la otra vida, colgándoos yo de una picota, ó á lo menos el verdugo por mi mandado, y ninguno me replique que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, este se salió de la ínsula, y aquel se fué á su casa, y el gobernador quedó diciendo: ahora, yo podré poco ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo menos; dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar porque la tiene un gran personage, y mas es sin comparacion lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes: contra otros garitos de menor cantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que mas daño hacen y mas insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas: y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo. Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete que traia asido á un mozo, y dijo: señor gobernador, este man-

cebo venia hácia nosotros, y asi como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algun delincuente: yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó no le alcanzara jamas. ¿Por que huias, hombre? preguntó Sancho. Á lo que el mozo respondió: señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. — ¿Que oficio tienes? — Tejedor. — ¿Y que tejes? — Hierros de lanzas con licencia buena de vuesa merced. — ¿Graciosico me sois? ¿de chocarrero os picais? Está bien: ¿y adonde ibades ahora? — Señor, á tomar el aire. — ¿Y adonde se toma el aire en esta ínsula? — Adonde sopla. — Bueno, respondeis muy á propósito, discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa y os encamino á la cárcel. Asidle ola, y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Par Dios, dijo el mozo, asi me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey. ¿Pues por que no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho, ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere? Por mas poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿Como que no? replicó Sancho: llevadle luego donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que ya le

pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo: el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven. Dime, demonio, dijo Sancho, ¿ tienes algun ángel que te saque y que te quite los grillos que te pienso mandar echar ? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con muy buen donaire, estemos á razon y vengamos al punto. Prosuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda : con todo esto si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pastaña ? será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero ? No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dijo Sancho, ¿ que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia ? No, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burleis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traian

á un hombre asido, y dijeron: señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino muger y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una muger al parecer de diez y seis ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapacejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo suelta, debajo de la cual traia un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traia espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quien fuese, y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos, y asi estaban dudosos esperando en que pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quien era, adonde iba, y que ocasion la habia movido para vestirse en aquel hábito. Ella puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: no pue-

do, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto : una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron ni persona facinorosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos zelos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo dijo á Sancho : haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo asi el gobernador, apartáronse todos, sino fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo : yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas de este lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varon ni hembra : y mas que decis que es vuestro padre, y luego añadis que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo habia dado en ello dijo Sancho. Ahora, señores, yo estoy turbada y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer. Aun eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudo no ha habido nadie en todo este lu-

gar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija: que la tiene tan encerrada que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Asi es la verdad; respondió la doncella, y esa hija soy yo: si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habeis visto; y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual el secretario, se llegó al oido del maestresala y le dijo muy paso: sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido, algo de importancia, pues en tal trage y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa. No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y mas que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que á mi madre come la tierra; en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé que son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que

era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme el salir de casa, siquiera á la iglesia, ha muchos dias y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, ó á lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mismas. Cuando oia decir que corrian toros y jugaban cañas y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese que cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo que yo rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara::: y tornó á renovar el llanto. El mayordomo le dijo: prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que ha sucedido, que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocío de los prados, y aun las subia de punto y las llegaba

á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos mas suspensos, que era tarde y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella entre interrotos sollozos y mal formados suspiros dijo: no es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese: él importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche debe de haber una hora, poco mas ó menos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queríamos volver á casa vímos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: hermana, esta debe de ser la ronda, aligea los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo porque no nos conozcan, que nos será mal contado, y diciendo esto volvió las espaldas, y comenzó no digo á correr sino á volar: yo á menos de seis pasos cai con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justi-

cia que me trujo ante vuesas mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante esta gente. En efecto, señora, dijo Sancho, ¡no os ha sucedido otro desman alguno, ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa? — No me ha sucedido nada ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se extendia á mas que á ver las calles de este lugar: y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia, el llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno de ellos cuando se huyó de su hermana. No traia sino un faldellin rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron como venia en aquel trage; y él con no menos vergüenza y empacho contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas, ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad sin otro

designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle. Asi es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes que la turbacion que he tenido ha sido tanta que no me ha dejado guardar el término que debia. No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos y dejarémos á vuesas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado menos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada la pierna quebrada y en casa, y la muger y la gallina por andar se pierden aina: y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas. El mancebo agradeció al gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa, y asi se encaminaron hácia ella: que no estaba muy lejos de allí. Llegaron pues y tirando el hermano una china á una reja; al momento bajó una criada que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando á todos admirados asi de su gentileza y hermosura como del deseo que tenian de ver mundo de noche y sin salir del lugar: pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazon, y propuso de luego otro dia pedírsela por muger á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del duque: y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y deter-

minó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

FIN DEL TOMO QUINTO.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

1496 2/6

LYON, IMPRENTA DE C. COQUE,
calle del palacio del Arzobispo.